



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

El mar de la tristeza infinita

Unos pescadores encuentran en una playa de la isla Iki, en Japón, a un agente de la CIA que ha muerto ahogado. Estaba completamente vestido, lo que quiere decir que no se ahogó al tomar un baño.

Por supuesto, la agente Baby toma inmediatamente cartas en el asunto para tratar de encontrar la verdad.



Lou Carrigan

El mar de la tristeza infinita

Brigitte en acción - 180

Archivo Secreto - 261

ePub r1.1

Titivillus 16.11.2020

Lou Carrigan, 1973
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



El ahogado

Acababa de aparecer la luna, en cuarto creciente. Parecía flotar sobre el mar y su brillo se reflejaba, roto, quebradizo, sobre las aguas rizadas.

Había seis hombres esperando en aquella parte de la costa de la isla. Seis sombras entre las rocas. No habían encendido ninguna luz, no se movían, no hablaban… Ni siquiera fumaban. Eran como unas cuantas rocas más, bañados por la luz lunar. Sus rostros parecían verdaderamente de piedra. Cuatro de ellos eran absolutamente vulgares. El quinto era más bajo y más grueso y tenía una gran cabezota completamente rapada, que relucía con más intensidad que las demás cabezas, que los demás rostros.

El sexto hombre era diferente.

Muy alto, atlético, de hombros muy anchos, cabellos largos y rostro anguloso, en contraste con los rostros de los otros cinco hombres, redondos, mofletudos.

Y fue este hombre el que, finalmente, alzó su brazo izquierdo, estirándolo, de modo que la manga subió y dejó al descubierto el reloj de esfera luminosa.

—Es extraño… —murmuró—. Se está retrasando demasiado.

El de la cabezota pelada le miró, y miró también el reloj del sujeto atlético. De momento, no dijo nada. Era como si no hubiese oído. O quizá no entendía el inglés, idioma utilizado por el atleta de largos cabellos.

Pero, a los pocos segundos, demostró que tenía buen oído y que sabía hablar en inglés:

—En estos asuntos suelen surgir toda una serie de contratiempos, Kolotov. Espero que usted y su camarada de la MVD los hayan tenido en cuenta.

—Ya hubo bastantes contratiempos en Tokio —murmuró el ruso Gennadi Kolotov—. Y al parecer, terminaron con nuestra escapada

desde allí, Chio. En cuanto a mi camarada Oleg Istomin, no se me ocurre ningún motivo por el que pueda tener dificultades. Ya debería estar aquí, eso es todo.

—Pero no está aquí.

—El viaje desde Vladivostok, cruzando todo el Mar del Japón en una pequeña lancha, no es precisamente un paseo, me parece.

—Lo sé. Pero, en definitiva, es usted quien está demostrando impaciencia, no yo… ¿Está seguro de que su mensaje llegó a poder de su camarada Istomin?

—Lo dejamos todo muy bien preparado. Él esperaba ese mensaje. Nada más recibirlo, tuvo que salir en la lancha, de Vladivostok, con la carga. Y, según mis cálculos, ya debería estar aquí hace no menos de dos horas.

—Mil millas de mar es una buena distancia —insistió el rapado Chio Tah Ngo—. Pero dos horas de retraso también es demasiado retraso. Espero que todo esto no haya sido una broma de usted, Kolotov.

—¿Cree que estoy loco? —gruñó el ruso—. Mi oferta no sólo es interesante, sino auténtica. Y tenga presente que, aunque no llegase la carga del «Bitchi», yo tengo la fórmula. Lo que no puede decirse de sus dos millones de dólares, Chio.

—El dinero llegará… —aseguró plácidamente Chio—. Lo que no llega es esa carga. Si las circunstancias que… ¿Qué ha sido eso?

De nuevo se oyó solamente el rumor del mar. Pero antes, a oídos de todos había llegado claramente el sonido que había originado la pregunta sobresaltada de Chio Tah Ngo. Todos prestaron la máxima atención, pero el sonido no volvió a repetirse. De nuevo, tan sólo oían el rumor del mar, pegando contra las rocas.

Uno de los cuatro japoneses vulgares musitó algo en japonés. Chio lo miró, quedó pensativo unos segundos, y finalmente asintió con su rapada cabezota, señalando hacia unas rocas cercanas. Inmediatamente, los cuatro sujetos vulgares comenzaron a deslizarse hacia allí, por tierra firme, eludiendo los pequeños espacios de gruesa arena lamida por el mar.

Y apenas había dado media docena de pasos cuando, de entre las rocas cercanas, destacó la silueta de un hombre, saltando hacia la prieta arena, desde una altura inverosímil. Cayó de pie, rebotó como si sus piernas fuesen muelles y cayó de bruces sobre el agua.

Se puso velocísimamente en pie y echó a correr hacia el otro lado de las rocas, alejándose de los cuatro japoneses vulgares, que ya corrían tras él, con agilidad pasmosa.

—¡Lo quiero vivo! —gritó Chio Tah Ngo.

Los cuatro japoneses apretaron el paso. Eran más pequeños que el hombre aparecido entre las rocas, pero mucho más rápidos. Más que correr, parecían volar sobre las rocas y la mojada arena, en pos del fugitivo. Tal era su velocidad, que cuando apenas había recorrido el fugitivo medio centenar de yardas, los cuatro menudos japoneses estaban pegados a sus talones. Corrían los cinco por una pequeña playa entre las rocas, y en seguida se comprendía que precisamente debido a su mayor peso, el fugitivo iba a ser alcanzado, pues sus pies se hundían en la arena mucho más profundamente que los de los perseguidores.

En pocos segundos, los cuatro cayeron sobre él. Primero, el más adelantado saltó hacia sus piernas, las rodeó con los brazos, y ambos rodaron por la arena. Luego, llegaron los otros tres, que cayeron a una sobre el hombre más alto y pesado. Entre los cuatro lo sepultaron, lo aplastaron contra la arena, y comenzaron a golpearlo, comprendiendo que sólo privándolo del sentido conseguirían apoderarse de él.

El hombre tenía una fuerza descomunal, increíble. De un puñetazo alzó por encima del montón a uno de los japoneses, y lo tiró de espaldas sobre la arena. Aprovechando el breve respiro, se puso en pie y, comprendiendo tardíamente que sus posibilidades de fuga por velocidad no eran factibles, llevó la mano derecha a su sobaco izquierdo.

Ni siquiera había tocado la pistola que llevaba allí cuando los tres japoneses volvieron a caer sobre él ferozmente. Lo derribaron, se colocaron encima, y comenzaron a golpearle… El agredido consiguió sacar al fin su pistola, pero un terrible manotazo se la arrebató, tirándola hacia tierra firme. Sin embargo, pese a la lluvia de golpes que caían sobre él, aún consiguió desembarazarse de los tres japoneses, volviendo a ponerse en pie, pero tan vacilante que, en lugar de correr tierra adentro, se encontró corriendo hacia el mar. Se detuvo, se volvió dispuesto a rectificar, y los tres japoneses volvieron a caerle encima, cada vez más furiosos, rodando los cuatro apelotonados hacia el agua, que los cubrió inmediatamente,

con sus olas adornadas de blanca espuma.

Los tres japoneses hablaban entrecortadamente, jadeantes. Uno de ellos consiguió colocarse sobre la espalda del adversario, hundiéndolo. Otro de ellos le puso una mano en la nuca y apretó hacia abajo.

El tercero, asió los cabellos del hombre y tiró también hacia abajo…

Los jadeantes comentarios fueron cesando entre los japoneses. Poco a poco, el hombre dejó de debatirse. Pareció que el que estaba sobre su espalda fuese a abandonar tan conveniente posición, pero el gruñido de uno de sus compañeros le hizo desistir. Y así, entre los tres, retuvieron al hombre con la cabeza bajo el agua, hasta que consideraron, dada su inmovilidad, que ya no era peligroso.

Entonces, temiendo que se habían excedido, uno de los japoneses le alzó la cabeza y puso una mano en un lado del cuello. El silencio ya no existía. Los tres japoneses jadeaban, el mar rugía ante ellos…

—Está muerto —dijo el japonés.

—Chio lo quería vivo.

—Pues está muerto. Vamos a ver a Takashi.

Dejaron al hombre flotando en el agua, mecido por las olas, y fueron adonde yacía su compañero. Un brevísimo examen fue suficiente.

—Está muerto también… ¡Le ha roto el cuello de un solo golpe!

Era mala noticia, y los tres quedaron sombríos unos segundos. Luego, uno de ellos comenzó a retirar del agua a Takashi, y los otros dos se volvieron, para hacerse cargo del cadáver del hercúleo ahogado, que habían dejado flotando en el agua…

—No está… ¡No está!

—Debe haberse hundido… Vamos a buscarlo. Lo encontraremos en seguida.

Pues no.

Por más que buscaron, el cadáver del hombre ahogado entre los tres no pudo ser hallado.

El mar, seguramente no sin tristeza, había decidido quedarse con el hombre muerto, con el ahogado.

Y sólo el mar, si algún día le parecía bien, podría devolverlo.

Capítulo primero

—Es una verdadera lástima que no podamos devolverle su aroma a las rosas —se lamentó Brigitte Montfort—. ¿No está de acuerdo, tío Charlie?

—No sé.

—¿No sabe? Oh, vamos… En realidad, los seres humanos somos… grotescamente inútiles. ¿Qué hacemos en la Tierra, para qué servimos, qué utilidad reportamos…? Lo que mejor sabemos hacer es amargarnos la vida los unos a los otros. Así, cuando uno de nosotros, por fin, se muere, en realidad no se pierde nada. Casi siempre dejamos el vacío. En cambio, cuando una rosa muere… Ah, eso es verdaderamente lamentable. Se muere la rosa, se lleva su perfume, y los humanos nos damos cuenta de que algo se ha ido, de que algo hemos perdido… ¿No le parece?

—Después de una rosa muerta, llega una rosa viva —murmuró tío Charlie—. Y esa ventaja sí nos llevan las rosas a los humanos. Unas nacen, otras mueren, otras nacen…, y todo sigue igual, no se ha perdido gran cosa. Una rosa se sustituye con otra rosa… Pero no siempre es posible sustituir a un ser humano por otro ser humano.

—Caramba…, ¡qué gran filósofo está usted hecho, tío Charlie querido!

—Sólo estoy hablando de la vida y la muerte, ya que usted ha sacado a relucir el tema.

Brigitte Montfort, alias Baby, agente supersecreta y de superlujo de la CIA cuando no se dedicaba a sus cotidianas tareas de periodista en el «Morning News» de Nueva York, escribiendo en cuyas páginas había ganado años atrás el Premio Pulitzer de periodismo, se quedó mirando muy atentamente a tío Charlie.

Es decir, a Charles Alan Pitzer, jefe del Sector de Nueva York de la CIA y, por tanto, jefe directísimo de la espía internacional más inteligente, astuta, peligrosa y efectiva jamás nacida: Baby, la reina

mundial indiscutible del espionaje de todos los tiempos.

Y, mirándolo tan atentamente, Brigitte Baby Montfort se reafirmó en su idea de que, aquella mañana, las noticias no eran demasiado buenas. Ya era sorprendente que las dos docenas diarias de rosas rojas se las hubiese llevado personalmente tío Charlie a su lujoso apartamento en el piso veintisiete del Chrystal Building en la Quinta Avenida de Nueva York. Sí, eso ya era sorprendente. Pero que tío Charlie, además, aprovechase la ocasión para mostrarse sombrío, era algo que tenía que alerta a Brigitte.

Lo conocía demasiado bien.

Así que, sonriendo, fue a sentarse en el sofá del salón, encendió un cigarrillo y arregló un poco su despampanante salto de cama.

—¿No piensa ir hoy a trabajar al periódico? —masculló.

—Me parece que no podrá ser —dijo ella apaciblemente—. Cuando usted llega aquí con esa cara, es que algo no marcha bien para la CIA Y cuando algo no marcha bien para la CIA y usted viene a verme, es que esperan que sea Baby quien resuelva el problema. Naturalmente, un problema importante. ¿Y bien?

Charles Alan Pitzer parpadeó. Luego, sacó un sobre de un bolsillo interior y lo tendió a Brigitte, que lo abrió, sacó la fotografía y se quedó mirando el rostro masculino que aparecía en ella.

—Una persona notable… —murmuró Brigitte—. ¿Quién es?

—Lester Hamilton, de la CIA.

—¿Un agente de la CIA?

—Sí, claro.

—¿Un Simón?

—Sí…, sí.

—Tío Charlie, le he dicho muchas veces que no quiero conocer los nombres verdaderos de los agentes de la CIA, que sólo quiero conocerlos a todos por el nombre de Simón. No tenía que haberme dicho que este compañero se llama Lester Hamilton. Con haber dicho que era un Simón, era suficiente.

—Ya no importa que usted sepa su nombre verdadero, Brigitte.

Ella suspiró profundamente.

—¿Ha muerto? —susurró.

—Así es.

—¿Asesinado?

—No… No, no. Fue encontrado hace dos días, ahogado, en una playa.

—¿Ahogado? ¿No sabía nadar?

—Por supuesto que sabía nadar —gruñó Pitzer.

—¿Tuvo un accidente?

—Tampoco parece eso factible. Es todo muy raro.

—Debe serlo, ya que yo no entiendo nada de nada. Usted sabe muy bien que cuando asesinan a un compañero, a un Simón, soy la primera en pedir destino hacia el lugar donde ha ocurrido la muerte. Pero si se ha ahogado en una playa…

—Bueno… Estaba vestido. Quiero decir, completamente vestido. Apareció en una playa de la isla de Iki, en Japón. Fue encontrado por unos pescadores. Al parecer, no llevaba más de un par de días en el mar, pero ya estaba…, bueno…, hinchado, ya sabe… Un ahogado no es cosa grata de ver. De todos modos, parece ser que su billetera y sus documentos todavía resistían. Por sus documentos supieron que era norteamericano, y, claro, se realizaron las gestiones oportunas… En definitiva, el cadáver de Lester Hamilton fue enviado a Tokio. Allá, personal diplomático se hizo cargo de él, y se ocuparon de su envío a Estados Unidos.

—Entiendo —asintió Brigitte—. ¿Y qué hacía el compañero Lester Hamilton en la isla de Iki?

—Eso es lo sorprendente. Según todos los datos y órdenes él tenía que estar en Tokio. Y la isla de Iki está a más de quinientas millas de Tokio, hacia el Sur. Es una isla…

—Un momento —se enderezó bruscamente Brigitte—. No diga más, tío Charlie. En primer lugar, porque sé perfectamente dónde está Iki Shima: al noroeste de la de Kiu Shiu, que es la más meridional de las grandes del archipiélago japonés. Iki está a unas quince millas de la costa de Kiu Shiu, entre esta isla y la península de Corea, en el Estrecho de Taushima, a ciento treinta grados de longitud Este y treinta y cuatro de latitud Norte. Es una isla de pescadores, casi exclusivamente: pescados varios, ostras, rizos de mar…, y especialmente, los famosos calamares de Iki, que son exportados en grandes cantidades…

—Bueno —masculló Pitzer—, supongo que ha sido una estupidez por mi parte pretender darle lecciones de geografía, pero…

—La verdad es que la existencia de la isla Iki estaba muy hundida en mi memoria, y posiblemente no la hubiese recordado al hablarme usted de ella si antes no hubiese leído los periódicos de la competencia. Yo siempre digo que si queremos estar al día hay que saber lo que hacen y piensan los demás. Y lo que escriben, claro.

—Me parece que no la entiendo.

—¿No sabe lo que ha ocurrido hace pocos días en el Mar del Japón?

Pitzer tardó todavía unos segundos en captar la intención verbal de Brigitte. Entonces, se quedó mirándola con expresión desorbitada, incrédula.

—¿Cree que tiene algo que ver una cosa con otra? —exclamó.

Brigitte encogió los hombros. Se puso en pie, fue hacia el revistero y estuvo removiendo periódicos y revistas, hasta apartar un ejemplar del «New York Times». Pasando sus hojas, volvió a sentarse en el sofá, junto a Pitzer, que esperaba impaciente, nervioso…

—Aquí está… —murmuró la espía—. ¿Quiere leerlo, o prefiere que se lo resuma?

—Resúmalo, porque ya recuerdo el asunto.

—Muy bien. Según este artículo, hace unos días apareció lleno de peces muertos todo el Mar del Japón. Peces de todas clases, fauna marina de todas clases… Millones de habitantes del mar flotando muertos en la superficie… Incluso una ballena que, al parecer, se había despistado un poco. ¿Se lo imagina, tío Charlie?

—Pues… la verdad, no.

—Yo sí. Sí, puedo imaginármelo… Como dice el artículo, todo el Mar del Japón ha quedado sin vida. Ni un pez. Nada. Toda señal de vida ha desaparecido… «Mugen no kanashimi o himeta gumi».

—¿Qué dice?

—Es el título de un poema japonés: «Mugen no kanashimi o himeta gumi»… Podríamos traducirlo como «el mar de la infinita tristeza». Y ése es, ahora, estos días, el Mar del Japón. Todo está muerto en él. Todo.

—Sí… Bueno, recuerdo eso, claro. Hay quien dice que puede ser debido a experimentos secretos atómicos por parte de los propios japoneses…

—¡Vamos, tío Charlie…! —protestó Brigitte—. ¡Eso es absurdo!

No me parece en absoluto factible que los japoneses pudieran conseguir eso sin que nosotros nos enterásemos… Olvídelo. No lo admito ni siquiera por un segundo. Además, si la CIA tuviera la menor sospecha respecto a un posible armamento atómico en manos japonesas, habríamos entrado todos en acción. No, no, no…

—Entonces… ¿por qué han muerto millones y millones de peces en el Mar del Japón?

—No lo sé. No sé cómo ni por qué se ha convertido en el mar de la tristeza infinita…

—Y, de todos modos, ¿qué tiene que ver eso con el caso de Lester Hamilton, que debía estar en Tokio y aparece ahogado en una playa de Iki Shima, quinientas millas al Sur?

—Pues… Iki Shima está en el Mar del Japón, ¿no es así?

—Sí. Bueno, en el Sur, pero… Sí, claro, en el Mar del Japón.

—En el mar de la tristeza infinita… Y prácticamente al mismo tiempo que toda vida muere en ese mar, aparece el cadáver de un agente de la CIA, ahogado, a quinientas millas de su lugar habitual de trabajo… ¿Están seguros de que ha muerto ahogado, y no por otra causa?

—Ahogado —aseguró escuetamente Pitzer.

—Sabía nadar, tenía que estar en Tokio y aparece ahogado en Iki Shima, a quinientas millas… ¿Qué dicen al respecto sus compañeros de Tokio, los demás Simones destinados en la capital japonesa?

—No tienen ni idea. Por otra parte, en Tokio hay estos días un verdadero enjambre de agentes de la MVD soviética, que están buscando como locos.

—Buscando… ¿qué cosa?

—Estamos intentando averiguarlo, pero sin resultados. No hay manera de penetrar en la red. Pero nuestro dirigente de allá asegura que nunca ha visto juntos tantos agentes secretos rusos. Dice que hay más de doscientos en todo Tokio.

Brigitte quedó estupefacta, boquiabierta.

—Por el amor de Dios… ¡Doscientos agentes de la MVD en Tokio…!

Pitzer torció el gesto, enfurruñado.

—Aproximadamente. Lo mismo pueden ser ciento cincuenta, o… doscientos cincuenta.

—Pero eso es una barbaridad…

—Eso pensamos. Y hemos pensado, también, que usted podría darse un paseo por la capital japonesa. En mi opinión, el asunto del Mar del Japón, eso de la muerte de toda fauna en sus aguas, no nos importa en lo más mínimo… Seguramente, algún petrolero, o un barco cargado con productos químicos, ha tenido un escape y ha matado algunos peces… Menos de lo que se dice, desde luego. En fin, eso no nos importa. Pero tenemos la… intuición de que la muerte de nuestro agente Lester Hamilton y esa concentración increíble de agentes de la MVD en Tokio sí pueden tener relación. Claro que no comprendemos qué podía estar haciendo Hamilton en Iki Shima, pero… Bueno, demonios: ¿qué están haciendo en Tokio, de pronto, esos doscientos agentes rusos?

Brigitte miró su relojito, sonrió entornando los más bellos ojazos del mundo, y dijo:

—Tenemos el tiempo justo de tomarnos el café antes de salir para el aeropuerto, tío Charlie. Porque me imagino que usted tendrá ya mi pasaje de avión, ¿verdad, querido?

—Claro… —masculló Pitzer—. Sabía que usted iría allá en cuanto le dijera que había aparecido muerto un Simón.

—Me quedaré con su fotografía… Y puede estar seguro de que muy pronto sabremos por qué Lester Hamilton ha ido a morir al mar de la tristeza infinita…

Capítulo II

El menudo y atlético japonés abrió la puerta, inescrutable el rostro. Pero su inescrutabilidad desapareció en seguida. Primero mostró una leve perplejidad; luego, reconocimiento y sorpresa; inmediatamente, alegría.

—Señorita Tisdale —musitó.

—Buenos días, señor Kawabata —sonrió la rubia visitante—. ¿Cómo está usted?

—Bien… ¡Muy bien! ¡Qué sorpresa tan agradable!

—No menos agradable resulta para mí que me haya reconocido: han pasado tres años.

—¿Sí? ¿Realmente tres años ya…? ¡Por favor, tenga lo bondad de pasar!

La señorita Tisdale entró sonriendo en el apartamento del japonés. Y cuando éste hubo cerrado la puerta, comentó casi riendo:

—Se ha olvidado usted de eso tan simpático de «mi humilde morada». ¿No se dice así?

—Bueno, me parece que los occidentales no reparan demasiado en esta fórmula de cortesía japonesa… —casi rió también Jiro Kawabata—. Además, los tiempos van cambiando muy velozmente. Estoy todavía un poco desconcertado, por otra parte, Dígame —en sus ojos apareció un destello de alegría, de fiera esperanza—: ¿ha venido él con usted?

—No. Esta vez vengo yo sola. Número Uno está descansando en su villa, me imagino. Quizás usted piense que yo debería traer una nota de él, pero no tenía tiempo de ir a pedírsela… El asunto es urgente, según entiendo. No obstante, si usted precisa la recomendación de Número Uno para atenderme…

—No… No, no. Sé por experiencia que los amigos de Number One son escasos, pero todos buenos. Especialmente usted, lo recuerdo muy bien. Yo nunca había visto angustiado a Number One

hasta que él temió que a usted le hubiese sucedido algo… Supongo que eso debe ser revelador. ¿Hace mucho que ha llegado usted a Tokio?

—El tiempo justo para venir en un taxi desde el aeropuerto a su casa, señor Kawabata.

—¿Ha venido directamente a verme a mí? Es una gran atención por su parte, señorita Tisdale…

—Tengo el taxi esperando abajo, con mi equipaje. Poca cosa, sólo lo necesario. He pensado que usted podría darme alojamiento.

El japonés parpadeó.

—Bajaré a buscar su equipaje y despediré el taxi.

—Muy agradecida.

—Mientras tanto, considérese en su casa, se lo ruego.

—De nuevo gracias.

Jiro Kawabata salió del apartamento y la señorita Tisdale se dedicó a mirar con curiosidad a su alrededor. Todo muy a la americana, pero provisto de esos sutiles toques japoneses reveladores de buen gusto y amor por el arte.

Kawabata tardó muy poco en regresar con las dos maletas de la señorita Tisdale, que había dejado su maletín rojo con florecillas azules sobre una butaca. El japonés dejó las maletas junto a la misma butaca y se quedó mirando amablemente a la hermosa muchacha rubia de verdes ojos magníficos.

—Parece que no va a estar usted mucho tiempo en Tokio, señorita Tisdale. Pero, sea el tiempo que sea, mi casa es su casa. ¿Desea tomar algo? Puedo preparar café en unos minutos.

—Prefiero té —sonrió ella.

—Yo también. Con permiso.

—Pero sin demasiada ceremonia, señor Kawabata.

—Oh, sí… Entiendo. Lo tomaremos a la americana, o sea, con la indiferencia de quien toma café, y no té.

Poco después ambos se estaban mirando, frente a frente, tomando té. La señorita Tisdale sacó cigarrillos de su maletín, ofreció a Kawabata y, expeliendo humo, murmuró:

—Me pregunto si dispondrá usted de tiempo para dedicarme. No quisiera causarle perjuicios.

—Un refrán occidental dice que «los amigos de mis amigos, son mis amigos». Number One es amigo mío, y no hay nada que yo no

esté dispuesto a hacer por Number One.

—Entiendo… —murmuró ella—. Sin embargo, señor Kawabata, no quisiera que usted entrase en este asunto engañado… Puede ser peligroso.

—¿Más que la otra vez? —sonrió Kawabata.

—No lo sé. Parece difícil eso, ¿verdad? Sin embargo, todo puede suceder. Por eso, antes que nada, quiero demostrarle que en modo alguno pretendo abusar de la confianza de amigos de Número Uno… Lo amo demasiado para eso.

—No me sorprende.

Pero sí se sorprendió inevitablemente, cuando la señorita Tisdale, de pronto, se quitó la rubia peluca, y después, con cuidado, las microlentillas verdes de contacto, dejando al descubierto sus largos cabellos negros y sus grandiosos ojos azules. Fue una considerable sorpresa, sin duda, pero el japonés la aceptó inmediatamente.

—Supongo que Number One sabe esto, señorita Tisdale.

—Por supuesto. Y él me conoce por mi verdadero nombre: soy Brigitte Montfort, periodista americana que trabaja con la CIA, señor Kawabata. Quiero que entienda que en estos momentos no estoy involucrada en ninguna aventura de tipo personal, como las que desde hace años suele afrontar Número Uno.

—Entiendo que es usted una espía que ha venido a Tokio a realizar un trabajo para la CIA ¿Qué más?

—Creo que Uno no le dijo a usted quién era yo realmente, señor Kawabata. Aunque, quizás, eso no le habría revelado nada. Bien, digamos que en el espionaje mundial se me conoce con el sobrenombre de Baby.

Jiro Kawabata respingó. Sus ojos, redondos, negrísimos, inteligentes, quedaron fijos en la hermosísima muchacha. Por fin, sonrió, lentamente.

—Ya he dicho antes que todos los amigos de Number One son siempre de los buenos… —murmuró—. He oído hablar de usted, desde luego. Y, en efecto, Number One no me dijo que la señorita Tisdale se llamaba Brigitte Montfort…, y que era nada menos que la agente Baby. No tenía por qué decírmelo, de todos modos… Si no entiendo mal, señorita Montfort, usted ha venido a pedirme que yo realice alguno de mis pequeños trabajos… en beneficio de la CIA.

—Se trata más bien de un favor personal a mí; pero, sin duda, no sólo yo, sino también la CIA, saldremos beneficiados. Naturalmente, señor Kawabata, usted puede negarse.

—Pero no pienso hacerlo. Number One nunca me lo perdonaría… Y estimo demasiado su amistad. Eso aparte, usted fue muy amable y simpática conmigo cuando el asunto del transiberiano… Es una persona muy grata. ¿Qué debo hacer?

—Uno de mis compañeros de la CIA fue encontrado ahogado en una playa de la isla Iki.

—Lamentable accidente. ¿O no fue un accidente?

—No lo sabemos. Todo indica que sí lo fue, que murió ahogado… Hay muchas personas que mueren ahogadas, aunque sepan nadar: calambres, desvanecimiento por frío, cortes de digestión, agotamiento… Cualquiera de estas cosas puede llevarlas al fondo del mar. Así que, en realidad, lo que nos tiene sorprendidos no es su muerte, en sí misma, sino que su cadáver apareciese, vestido, en Iki Shima. Según todas las reglas y órdenes, mi compañero debía estar en Tokio, no en Iki.

—Ah. Sí, realmente, debieron sorprenderse. Pero no creo que tuviesen solamente a ese hombre en Tokio, así que podrían preguntarles a los otros qué hacía él en Iki Shima.

—No tienen ni la menor idea. Ya le digo que, para todos, Lester Hamilton tenía que estar en Tokio. De modo que suponemos que, si viajó hasta Iki Shima, o un lugar cercano, debió tener motivos muy poderosos, y tan urgentes que ni siquiera le dio tiempo de avisar a nuestros compañeros de que partía hacia el Sur.

—Parece evidente. Habría que buscar esos motivos que le impulsaron a marcharse, supongo.

—Desde luego. Y hemos encontrado unos motivos que, aunque un tanto sorprendentes, nos parecen razonables: ¿sabía usted que en Tokio hay ahora unos doscientos agentes de la MVD soviética…, buscando algo desesperadamente?

Kawabata expresó la mayor de sus sorpresas. Estaba boquiabierto.

—¿Doscientos rusos? —exclamó por fin—. ¡Qué barbaridad!

—Exactamente eso dije yo… —sonrió Baby—. ¿No lo sabía usted?

—No, no… En realidad, estoy alejado del espionaje, al menos,

en su parte activa. Tengo algunos viejos contactos, amigos…, pero al no estar yo en activo, lógicamente tampoco estoy al corriente de la… actualidad. ¿Cree que esos doscientos rusos pueden tener algo que ver con la aparición de su compañero Hamilton en Iki Shima? ¿Cree que podían buscarlo a él, quizá?

—¿Doscientos rusos para eliminar a un agente de la CIA? —se sorprendió Brigitte—. Bueno, nunca hay que descartar ninguna posibilidad, pero, francamente, señor Kawabata, su sugerencia me parece inaceptable. No. Los rusos están en Tokio buscando algo, pero dudo que sea a Hamilton a quien buscan. Ahora bien, lo que sí me parece factible es que Lester Hamilton, cualquiera sabe cómo, tuvo noticias de esa cosa o persona que los rusos buscan. Y todo lo que pudo hacer fue partir sin tiempo para avisar a nadie, hacia el Sur.

—De donde se desprende que quizá los rusos están perdiendo el tiempo en Tokio y que lo que buscan está en Iki Shima o cerca de esa isla.

—¿Le parece descabellado?

—No… —reflexionó el japonés—. Francamente, no. Aunque también podría ser que eso que buscan los rusos lo consiguiera Lester Hamilton y se lo llevase hacia el Sur.

—Sí. Pero siempre vamos a parar a lo mismo: en Tokio no hay nada que hacer. Hay que ir hacia el Sur, siguiendo los pasos de Lester Hamilton.

—Parece razonable. Supongo que avisará usted a todos sus compañeros de la CIA para que vayan hacia el Sur.

—No. Por varios motivos. Uno de ellos es que no pienso poner a mis compañeros al corriente de mi presencia en Japón. Ya ve que he venido aquí directamente, sin buscar contactos ni facilidades de ninguna clase por parte de ellos. Otro motivo es que si la CIA se desplaza hacia el Sur, la MVD hará lo mismo: sus doscientos hombres abandonarían Tokio inmediatamente, hacia Iki Shima. De aquí, aparte de una gran confusión, podría surgir una situación muy molesta para todos… Molesta al principio, pero quizás acabase siendo peligrosa. ¿Se imagina usted doscientos y pico de espías llegando a Iki Shima? Serían tan visibles como una ballena en una bañera. Por eso he pensado que mis compañeros y mis colegas de la MVD sigan en Tokio, buscando y vigilándose sin que las cosas

lleguen a mayores mientras usted y yo nos vamos a Iki Shima… ¿Puedo contar con usted, señor Kawabata?

—Sí.

—Gracias. ¿Cuándo cree que podríamos partir hacia allá?

—Cuando usted quiera. Siempre hay algún tren o avión que parte hacia Fukuoka, en Kiu Shiu Shima. Desde allí, se puede ir en lancha o en vapor hasta Iki Shima. Incluso si prefiere un helicóptero, es fácil conseguir uno en Tokio.

—No, no, no… Utilizaremos medios de viaje normales, nada que llame especialmente la atención. Y saldremos en cuanto usted esté preparado… y yo vuelva a ponerme mi sencillo disfraz. Créame que no le molestaría si no necesitase un intérprete, señor Kawabata.

—Yo celebro que lo necesite. ¿No entiende usted nada de mi idioma?

—Bueno… Sé decir «arigato», «sayonara»… Lo cual no me parece demasiado.

—Saber decir «gracias» en cualquier idioma no es poco —rió Kawabata.

—También sé algunas otras palabras, pero todas ellas relacionadas con el judo, o sea, los nombres de las llaves, en japonés.

—Ah… —brillaron los ojos de Kawabata—. ¿Practica usted el judo?

—Sí. Pero no soy tan afortunada como usted, que tiene el «Kodokan» tan cerca de su domicilio.

—Sí… Es un privilegio, ciertamente. Vivir cerca del centro mundial del judo no está al alcance de cualquiera. Sabiendo que usted es practicante, aumenta mi simpatía, señorita Montfort.

—Así lo he supuesto —rió ella—. Cuando esto termine, si le parece bien, podríamos dar una vuelta por Bunkyo…, empezando por el «Kodokan», naturalmente. Será emocionante entrar en la Casa donde se enseña el Camino a todos los que quieren ser fuertes y nobles. El «Sensei» Jigoro Kano puede estar muy satisfecho de que su doctrina se haya extendido ya por todo el mundo. Debió morir muy satisfecho, si la expresión es válida. Y ya que estamos hablando de muertes, señor Kawabata: ¿se ha sabido algo más del fallecimiento de su homónimo?

—Supongo que se refiere usted al gran escritor Yasunari

Kawabata, premio Nobel… No. Las investigaciones de la policía continúan. Y sus averiguaciones quizá no trasciendan al público. Es posible que nunca sepamos si Yasunari Kawabata se suicidó, tal como se rumorea. De todos modos, parece que el hallazgo de su cadáver en Zushi, ocurrió en circunstancias algo extrañas. No sé más.

—Pero quizá sí sepa algo sobre el mar de la tristeza infinita.

—¿Cómo? —se irguió Kawabata.

—«Mugen no kanashimi o himeta gumi»… ¿No llaman así ahora al Mar del Japón?

—Creí que no sabía usted japonés.

—Pero leo los periódicos. A su juicio, señor Kawabata, ¿qué ha podido pasar en el Mar del Japón para convertirlo en el mar de la tristeza infinita?

—No lo sé. Pero hay personal adecuado haciendo investigaciones, naturalmente. Y también, naturalmente, el hecho ha sido considerado como una desgracia nacional. Hay muchos japoneses que viven de la pesca… y que ahora no tienen nada que pescar. Al principio, algunos recogieron los peces que flotaban muertos sobre las aguas, pensando venderlos, pero las autoridades sanitarias lo impidieron inmediatamente.

—¿Ha estado usted allí?

—Tomé uno de los vuelos «charter» que se organizaron para dar paseos sobre el mar. Es terrible e impresionante ver toda la superficie llena de peces muertos. Se asegura que no ha quedado ni el menor rastro de vida en todo el Mar del Japón… «Mugen no kanashimi o himeta gumi»… Sí, el nombre no puede ser más apropiado. Y precisamente esta mañana he leído en el «Asahi Shimbun» que, sea lo que sea lo que está provocando esto, sus efectos se están extendiendo, si bien muy lentamente, hacia el Mar de la China oriental y hacia el Mar de Ojotsk, e incluso, por el estrecho de Bungo, hacia el Pacífico.

—¿Han expuesto alguna teoría al respecto?

—Miles de ellas. Pero están siendo desechadas rápidamente. El Mar del Japón es demasiado grande para que esas teorías puedan ser aceptadas. El más grande petrolero del mundo no podría causar esos estragos. Eso, aparte de que ningún petrolero se ha hundido hace mucho tiempo. Algunos especulan con una… especie de

epidemia marina. Miles de teorías.

—Y ninguna satisfactoria.

—Ninguna.

—Me imagino que las aguas del mar de la tristeza infinita estarán siendo analizadas.

—¡Por supuesto!

—¿Sin resultado?

—Ninguno que haya sido hecho público.

Brigitte asintió con la cabeza y se quedó pensativa, absorta, durante un par de minutos, bajo la atenta mirada de Jiro Kawabata, el amigo de Número Uno que estaba dispuesto a ayudarla.

Sí, pensó. Lo mejor era no movilizar a ningún Simón, no dar a conocer la presencia de Baby en Tokio. Ni siquiera en Japón. Si los agentes de a MVD se enteraban de que la CIA había enviado a Baby a Tokio, iba a cundir el nerviosismo… No por excesivo temor a ella en lo personal, sino por lo que significaba en cuanto a la importancia que la CIA estaba dando a aquel asunto. Pero… ¿qué asunto? ¿Qué estaba pasando?

—¿Más té? —murmuró Kawabata.

—Sí, gracias. Todavía tenemos varias cosas que concretar antes de salir hacia Iki Shima. Quiero advertirle de nuevo que mi plan es terriblemente arriesgado, señor Kawabata.

—No importa.

—Quizá no me entiende. No vamos a ir allá subrepticiamente, de incógnito, como suelen hacer los espías clásicos, sino… dando la cara, haciéndonos ver, llamando la atención… Todo el mundo tendrá que fijarse forzosamente en nosotros.

—No importa —insistió Kawabata.

—De acuerdo. En tal caso, le pondré al corriente de mi plan antes de partir hacia Iki Shima, en el mar de la tristeza infinita…

Capítulo III

Producía, en verdad, una tristeza infinita contemplar el mar. Por lo que Kawabata le iba explicando, la mortandad era más evidente hacia el centro, en especial por el Banco de Yamato, donde los peces de todas clases formaban como una masa compacta en la superficie… Pero allí mismo, navegando por el Estrecho de Tsushima hacia la isla Iki en el vapor de la línea regular, los efectos de lo que fuese no podían pasar desapercibidos. Por todas partes se veían peces, brillando como plata al rojo vivo sus vientres expuestos al sol de la tarde. Miles, miles, millones de peces de todos los tamaños, muertos, flotando panza arriba. De cuando en cuando, el vapor cruzaba por entre una gran masa blancoazulada, que comenzaba a brillar con su tono fosforescente, formada por millares de grandes calamares; los famosos calamares de Iki, exterminados en masa en el Mar del Japón.

Apoyados en la borda junto a ella y a Kawabata, docenas de japoneses que viajaban en el vapor contemplaban en sombrío silencio el luctuoso espectáculo. No se hacía el menor comentario, ni siquiera cuando el barco, al cruzar por entre una de aquellas espesas masas de peces muertos, los echaba a ambos lados, revolviéndolos con la espuma creada por la proa, haciéndolos girar, hundirse un instante y volver a la superficie, girando, rojos al sol del ocaso.

Finalmente, Brigitte consideró que ya había visto no sólo suficiente, sino demasiado, y fue a sentarse, encendiendo un cigarrillo. Habían salido en avión hasta Wukuoka, y allá habían tomado el vapor, que los dejaría pronto en Iki Shima. Llegarían de noche, así que poco podría hacer con respecto a su plan hasta el día siguiente. En fin, como siempre, actuaría de acuerdo a las circunstancias… Ya hacía tiempo que había aprendido que los mejores planes, los más elaborados, no se podían seguir siempre al

pie de la letra. La improvisación, al menos en su caso, había resuelto no pocas situaciones complicadísimas. La improvisación, que, al fin y al cabo, no era más que capacidad de adaptación…

Jiro Kawabata fue a sentarse junto a ella en cubierta.

—Tardaremos muy poco en llegar al puerto de Katsumoto. Es el más importante de la isla. La playa que usted ha mencionado, donde apareció el cadáver de Lester Hamilton, no está lejos de allí.

—¿Conoce usted la isla?

—No demasiado. Generalidades. Pero, por supuesto, espero poder servirla adecuadamente. Usted conseguiría lo mismo si yo le pidiese ayuda en Estados Unidos, ¿no es así?

—Desde luego. ¿Hay algún hotel o algo parecido?

—Me temo que no.

—¿Cómo nos arreglaremos, entonces?

—En estas islas suele haber gentes ricas, en muchas ocasiones. Por lo menos, en comparación con los demás. Esas gentes, lo primero que hacen es construirse un «ryokan» de recreo, y espero que podremos alquilar uno. Aunque comprenderán en seguida el negocio, y no nos saldrá barato, precisamente.

—No tiene que preocuparse por dinero.

—Eso ayudará mucho… —sonrió Kawabata—. Ya verá como no encontramos dificultades.

Sin embargo, Kawabata no estaba muy seguro de eso en el fondo. Ciertamente, había oído hablar de la agente Baby y, si la décima parte de lo que se decía de ella era cierto, parecía que no tenía que preocuparse demasiado por ella, pese a su aspecto angelical y adecuadamente triste.

Porque, naturalmente, Brigitte Montfort, como siempre, estaba dispuesta a realizar su papel con la máxima perfección; así que se había vestido completamente de negro. Para todos, ella iba a ser la viuda de un americano llamado Lester Hamilton, en cuya busca acudía a Iki Shima. Lo cual podía no tener consecuencias si en verdad Hamilton había muerto ahogado accidentalmente. Pero, si su muerte no había sido accidental, debido a que alguien sabía que él era un agente de la CIA, la llegada de su esposa los iba a poner en guardia, y entraba dentro de la más elemental lógica que considerasen que la tal viuda era una farsante… Es decir, otra agente de la CIA.

—Sería conveniente —dijo de pronto ella— que fuésemos mostrando la fotografía de Hamilton desde el primer momento, señor Kawabata.

—Así lo haré.

—Puede que estemos perdiendo el tiempo mientras la verdad del asunto se está desarrollando en Tokio. Además, no hay que olvidar que cuando el cadáver de Hamilton fue encontrado en la playa, ya estaba bastante deformado por su permanencia en el agua. Así que ni siquiera los pescadores que lo recogieron podrán identificar al hombre de nuestras fotografías con el que encontraron ahogado.

—Y todo eso, suponiendo que Hamilton hubiese estado en vida en Iki. No hay que descartar la posibilidad de que cayese al mar lejos de aquí, y la marea lo fuese empujando, ya muerto, hacia la playa. En ese caso, nadie lo habría visto jamás, y, efectivamente, estaríamos perdiendo el tiempo.

—Sí… Bien, nuestra única posibilidad, evidentemente, está en que alguien lo viese vivo por la isla. Si no es así, nadie podrá identificarlo por las fotografías, y jamás encontraríamos pista alguna.

—Si encontramos la pista, en cambio, puede significar que estuvo vivo en la isla, quizá vigilando a alguien, que pudo tener algo que ver con su muerte. En cuyo caso, yo estaba pensando hace un momento, estaríamos bajo el punto de mira de algunas personas a las que nosotros no conoceríamos.

La viudita Hamilton sonrió secamente.

—Ya le dije que mi plan era arriesgado.

—Lo recuerdo muy bien —sonrió a su vez nuevamente el japonés.

Iki Shima apareció muy pronto ante ellos. Montañosa, como todas las pequeñas islas de Japón. Parecía verde y roja al sol del anochecer. Se acercaron de nuevo a la borda, y Kawabata señaló hacia el puerto, donde se veían docenas de barcas de pesca amarradas, mostrando los vivos colores de sus banderas y estandartes. Era un espectáculo exótico y agradable.

—Katsumoto… —dijo—. Estaremos en tierra firme en pocos minutos…, señora Hamilton.

—Eso es… —asintió ella—. A partir de este momento soy Nora Hamilton.

El vapor hizo sonar su silbato y todo el mundo comenzó a prepararse para desembarcar. La travesía desde Fukuoka había durado cerca de dos horas, y lo único digno de mención habían sido los millones de peces muertos flotando en el agua.

El vapor quedó junto al muelle, por fin, y Nora Hamilton y Kawabata, mezclados entre los demás japoneses, desembarcaron, llevando el japonés una de las maletas de ella. La otra se había quedado en su apartamento de Tokio. En cuanto a la señora Hamilton, por supuesto, llevaba su gracioso maletín rojo con florecillas azules estampadas.

Su presencia llamó la atención, pero menos de lo que había esperado. Docenas de pares de ojos oblicuos se fijaron en ella, inexpresivos. Pero a su alrededor se oían voces alegres de bienvenida, todo el mundo efectuaba inclinaciones… Una japonesa gordísima reía contemplando la jaula llena de pollos que le había traído un familiar…

—Me imagino que no habrá taxis, o algo así.

Kawabata se echó a reír de buena gana.

—¡No! —exclamó—. No hay taxis. Lo que hay son unas carreteras infernales, y los «batabata». Son vehículos de tres ruedas muy utilizados en estas islas. Prácticamente, viajar en ellos por estas carreteras, es lo mismo que ir montado a caballo… sin saber montar a caballo. Lo mejor será que, por el momento, utilicemos nuestras piernas. Venga: preguntaremos a alguien que no esté distraído con la llegada del barco.

Se dirigieron muelle adentro. Brigitte miraba con gesto amable a todos lados. Las casas eran todas bajas, modestas, con tejados de ramas en buena parte. Se extendían casi todas muy cerca del puerto, formando un arco. Desde luego, había luz eléctrica, y hasta vio, sobresaliendo de algunos tejados, antenas de televisión. Un grupo de japoneses con pañuelos anudados alrededor de la frente se quedaron mirándola, y ella les sonrió; permanecieron impávidos.

—No parecen muy simpáticos —murmuró.

—Son gente humilde… —dijo Kawabata—. Y de todos modos, no es fácil llegar al corazón de un japonés. Sin embargo, no debemos preocuparnos por ellos. Son buenas gentes, pacíficas y, en general, corteses y acogedores. A decir verdad, señora Hamilton, me pregunto qué podría venir a hacer aquí un agente de la CIA.

—Bueno… Eso es lo que también se pregunta la CIA, señor Kawabata. Tokio rebosando agentes soviéticos, y un agente de la CIA se viene a esta isla… Sorprendente, cuando menos.

El japonés asintió y se detuvo. Llamó por señas a un muchacho joven, apoyado en la esquina de una casa, fumando, que los contemplaba con cierto interés. El muchacho se acercó y Kawabata comenzó a hablar con él. Para la superespía, aquello resultaba un tanto humillante, pero, a fin de cuentas, lo razonable era que una persona, por muy espía e inteligente que fuese, no podía conocer todos los idiomas del mundo. Por su parte, saber hablar y escribir en inglés, italiano, español, alemán, ruso, portugués y francés, le parecía que no estaba nada mal…

—Dice —se volvió Kawabata hacia ella— que conoce a un anciano que conoce a un hombre que quizá nos alquilaría su «ryokan» en la montaña.

—¿Muy lejos del poblado?

—No. Menos de una milla. También podríamos conseguir un «batabata» o dos para trasladarnos, claro. Si le parece bien, nos llevará a ver al anciano. El muchacho dice también que… Bueno…

—¿Qué dice?

—Dice que usted tiene los ojos como el mar antes de que se convirtiese en el mar de la infinita tristeza.

Brigitte pensó qué opinión le habrían merecido sus ojos al joven japonés si, en lugar de verlos de color verde, los hubiese visto con su natural color azul. Pero, sonriendo, lo miró y dijo:

—«Arigato».

El muchacho sonrió, se inclinó y le dijo algo a Kawabata, que movió negativamente la cabeza. Luego volvió a cargar con la maleta, y los tres comenzaron a caminar, hacia la izquierda, pasando por delante de la hilera de casas, casi todas ya con la luz eléctrica encendida. Estuvieron caminando unos minutos, pasando cerca de los secaderos de calamares, construidos con cañas de bambú, de las cuales se colgaban los calamares, una vez limpios, y abiertos con una caña que separaba sus aletas… Pero allí, en el secadero, no se veía ahora ni un solo calamar. Un poco más allá, algunos pescadores contemplaban sombríamente el desusado espectáculo de los secaderos vacíos.

Por fin llegaron ante una casa situada en segunda fila delante de

un extremo del puerto, y el muchacho hizo una llamada. Salió una vieja arrugada, de cabello blanquísimo, que lo escuchó y desapareció hacia el interior de la casa. Volvió a aparecer pocos segundos después, haciéndoles señas para que entrasen.

Y apenas hacerlo, la señora Hamilton notó el intenso olor a pescado. A pescado seco, y a mar. Era como si el mismísimo mar estuviese dentro de aquella casa. En las paredes había redes y nasas, pero no por adorno, sino porque en algún sitio tenían que estar.

Había un viejo japonés sentado en una esterilla, con las piernas cruzadas, fumando en pipa. Tras dirigirle a ella una inexpresiva mirada, se encaró con Kawabata. Lo único que entendió Baby de la conversación fue «americano» y «señora Hamilton». Por fin, el viejo asintió con la cabeza y dijo su última palabra.

—Tiene las llaves del «ryokan» —explicó Kawabata—, porque el propietario, como no se puede pescar, se ha ido a Osaka a pasar unos días con la familia de su mujer. Está dispuesto a alquilárnoslo por diez dólares diarios. Dólares americanos, claro.

Y si queremos un par de «batabatas», también nos las puede conseguir, a cinco dólares por día, con el combustible a nuestro cargo.

—Dele cien dólares como anticipo por todo eso. Y dele también algo al muchacho… Veinte dólares.

—Es demasiado… —murmuró Kawabata—. Si se enteran de que disponemos con tanta facilidad de dinero, no nos dejarán en paz los chiquillos. Los mayores, no, porque tienen demasiada dignidad, pero los niños…

—Precisamente lo que queremos es que no nos dejen en paz.

Kawabata asintió. Sacó el rollo de billetes americanos que ella le había facilitado, y le dio cien dólares al anciano, que permaneció lívido. En cambio, el muchacho abrió mucho los ojos al ver el billete de veinte dólares que se tendía hacia él. Miró a Baby, que se limitó a sonreír.

—«Arigato»… —murmuró el muchacho, tomando el billete—. «Arigato, arigato»…

Se puso a hablar a toda velocidad. Cuando terminó, salió disparado, y Kawabata miró sonriendo a Baby.

—Dice que nos traerá él los «batabata», y que si lo deseamos, y lo admitimos en uno de ellos, nos llevará hasta el «ryokan».

—Estupendo. ¿Tenemos que esperar aquí?

—Sí, claro.

—Pregúntele al viejo qué cree él que ha pasado en el mar.

Kawabata y el anciano comenzaron a hablar, reposadamente. Por fin, aquél se volvió hacia la espía.

—Nadie sabe nada… —explicó—. Nunca había ocurrido nada semejante en el Mar del Japón. Algunas veces, bandadas de peces han salido a la superficie, muertos, pero siempre había causas que más pronto o más tarde se conocían, y casi siempre era por envenenamiento debido a las poluciones de los grandes barcos. Pero esta vez, nadie comprende nada. Y además, la carne de los peces está muerta.

—¿Pues cómo había de estar?

—Los peces comestibles tienen la carne viva, o sea, comestible, naturalmente. Los peces de ahora tienen la carne diferente, muerta… Como si llevasen mucho tiempo muertos.

—No entiendo nada, pero está bien. Enséñele la fotografía de Hamilton.

Kawabata obedeció. El anciano japonés estuvo mirándola durante unos segundos, siempre calmosamente. Por fin, negó con la cabeza, y a una voz suya su mujer reapareció misteriosamente. También miró la fotografía, pero asimismo negó con la cabeza. Luego, el viejo devolvió la foto a Kawabata, murmurando algo.

—Están contentos de nosotros, y quisieran ayudarnos, pero ninguno de ellos ha visto nunca a Hamilton. Ya les he dicho que usted es su viuda, y que ha venido a encontrar personas que lo hubieran conocido aquí, donde lo encontraron, por si él entregó algo a alguna persona, y que usted está dispuesta a pagar bien cualquier información o la entrega de algo que él hubiese dejado a alguien para que lo guardase hasta que vinieran a pedírselo.

—Perfecto. Esa será nuestra línea, señor Kawabata. Cuando vuelva el muchacho, dígale lo mismo… Y sería buena idea que usted le diese una fotografía de Hamilton, para que la fuese enseñando por todas partes.

—¿Debo quedarme sin mi fotografía?

—He traído las suficientes para repartir en abundancia.

Poco después llegó el joven japonés, con otro muchacho que conducía una de las «batabata», y Brigitte y Kawabata se

despidieron de los dos ancianos. Brigitte se acomodó en uno de los vehículos, que conduciría el muchacho, mientras Kawabata pudieran disponer de medio propio de desplazamiento en todo momento.

Por fin, ya completamente de noche, llegaron al «ryokan», y el joven Masao les mostró las distintas estancias, dando explicaciones a Kawabata. Había una cocina, una sala decorada con bambúes y con una gran «shoji», la clásica ventana japonesa de puertas corredizas, que daba a un jardín interior, con un pequeño puentecillo de madera sobre una rumorosa corriente de agua que discurría entre flores y algunos pinos. Los tres dormitorios de la casa también daban al jardín, separado de la casa por una veranda de madera.

El único inconveniente que parecía existir en tan bella casa era que no había camas, y sí esteras para dormir, lo cual confundió un poco a Kawabata, que se quedó mirando a la señora Hamilton esperando un comentario desfavorable al respecto. Pero ella se limitó a sonreír, pensando que el buen amigo de Número Uno todavía no acababa de comprender realmente lo que significaba estar tratando con la agente Baby, capaz de dormir de pie si fuese necesario.

—¿Todo está bien? —murmuró Kawabata.

—Bien, no… Está perfecto. Dele la fotografía al muchacho y dele las instrucciones adecuadas. Prométale cien dólares si nos consigue noticias sobre alguien que hubiera estado en contacto con Hamilton. O doscientos, si le parece mejor. Recuerde que nuestro problema no es de dinero, ni mucho menos.

Poco después, Masao se marchaba con la fotografía, dejándolos solos en el bello «ryokan».

—Deberíamos cenar algo —propuso Kawabata.

—¿Qué menú puede ofrecerme? —sonrió ella.

—No sé. Tendré que ir al pueblo a comprar algo que no le desagrade… Mañana me ocuparé de comprar para varios días.

—Esa idea es buena. Pero por esta noche, yo haré la cena.

—¿Ha traído comida? —se sorprendió el japonés.

—Veamos qué le parece el menú: sopa de carne, pollo y queso. ¿Bien?

—¿De verdad ha traído todo eso?

La señora Hamilton abrió el maletín, alzó el doble fondo y sacó una cajita metálica, plana. De ella extrajo tres tubos que parecían de aspirinas, y de cada tubo dos pastillas. Puso tres de ellas en una mano del atónito Kawabata y se quedó con las otras tres. Alzó una de ellas con dos deditos y dijo:

—Primero, naturalmente, la sopa… Me han asegurado que está riquísima. Un hermoso concentrado de la mejor carne. Vamos con ella.

Se puso la pastilla en la boca y comenzó a paladearla, entornando los ojos.

—Mmmm… No está nada mal. Ahora, el pollo… ¿No cena usted, señor Kawabata? Yo estoy deseando terminar para acostarme. No he descansado bien en dos días.

Jiro Kawabata se echó a reír, por fin. Muy seriamente, cenaron los dos a base de alimentos concentrados y, tras paladear la pastilla de queso, la espía internacional suspiró, al parecer muy satisfecha.

—Buen provecho —rió Kawabata.

—«Arigato», Kawabata San.

Capítulo IV

Chio Tah Ngo había escuchado sin pestañear las explicaciones del japonés. Cuando terminó, asintió con la cabeza y luego quedó pensativo.

Por fin, hizo una pregunta:

—¿Has visto al ruso por el puerto?

—No, Chio.

—¿Y por el pueblo?

—Tampoco. No.

—Bien… Entonces, él no sabe nada de la llegada de esa mujer americana con tu compatriota.

—No creo. El ruso debe estar en la cabaña que tú le facilitaste, cerca de la playa.

—Me alegra que sepa seguir instrucciones ese ruso… No es muy conveniente que esa mujer lo vea. Aunque, claro, no tardará ella mucho en enterarse de que hay un hombre blanco, solo, viviendo en una cabaña de la playa. Ella hará muchas preguntas… ¿Estás seguro de que esa fotografía que va enseñando el muchacho es del hombre que ahogasteis en la playa la otra noche?

—La he visto yo, con mis ojos, sí. Es de él, Chio. Es la fotografía del hombre que mató a Takashi, el que se llevó el mar y luego lo devolvió.

—No me gustaría que te equivocases, Takeo.

—No, Chio. Yo lo vi, en la noche. Lo vi muy bien, te lo aseguro. Era el hombre de la fotografía. Era él. Ella viene preguntando por alguien que tenga algo de él, que hubiese estado con él.

—¿Y tú sabes si alguien estuvo con él?

—No. Pero yo también puedo preguntar, si quieres.

Chio Tah Ngo volvió a quedar pensativo durante casi un minuto antes de negar con la cabeza, lentamente.

—No. El hombre que ahogasteis resultó ser un americano. Se

ocuparon en seguida de él, se lo llevaron a Tokio… Tenía que ser un agente de la CIA. Por tanto, esa mujer tiene que ser también de la CIA. Y no puede ser una mujer tonta. Si tú haces preguntas, ella se enterará. No. No harás preguntas. Llama a Woshito y a Tomiji: iremos a ver al ruso.

Gennadi Kolotov abrió la puerta de la cabaña, se guardó la pistola y dijo:

—Volveré a encender la luz. Un momento, Chio.

Éste entró en la cabaña, seguido de sus tres asalariados japoneses, cuando Kolotov dio la luz. Takeo, el último en entrar, cerró la puerta. Luego, como sus dos compañeros, se quedó mirando atentamente al gigantesco espía soviético, quien, a su vez, contemplaba a Chio Tah Ngo con un destello de esperanza en los ojos.

—¿Ha llegado ya el dinero? —se interesó.

—Todavía no.

Primero apareció el desencanto en el rostro del ruso. Luego su ceño se frunció.

—Esto se está retrasando demasiado, Chio.

—Lo lamento de veras, pero no es culpa mía. Soy el primer interesado en terminar el asunto… Pero comprenda que dos millones de dólares no se reúnen tan fácilmente.

—Dos millones de dólares no son nada para el servicio secreto chino —gruñó Kolotov.

—Cuantitativamente, no, en efecto. Pero no se trata de tenerlos o no, sino de poder disponer de ellos en un momento dado, y poder enviarlos desde el continente hasta Iki. Usted es un profesional del espionaje, así que debería entender muy bien esto.

—Está bien… Quizá estoy un poco nervioso. No me gusta permanecer aquí, en una isla tan pequeña.

—Su permanencia aquí es voluntaria, Kolotov. Ya le he propuesto la solución varias veces.

—No me gusta su solución.

—Supongo que eso quiere decir que no se fía de mí. Pero le aseguro que cumpliría el pacto, Entrégueme usted esa fórmula del «Bitchi», márchese a Fukuoka, por ejemplo, y yo mismo le llevaré el dinero en cuanto llegue.

—No.

—Entonces, acepte la situación, tal como estoy haciendo yo. Podría enfadarme mucho con usted, Kolotov, y ya ve que estoy procurando ser amable y comprensivo.

—¿Usted podría enfadarse conmigo? —alzó las cejas el espía ruso.

—Mire… Hicimos un pacto: usted y su camarada Oleg Istomin tenían que entregarme una partida de «Bitchi» a cambio del dinero, pero la partida de «Bitchi» no llegó, y usted, en lugar de entregarme entonces la fórmula, se apresuró a esconderla en alguna parte de la isla.

—El «Bitchi» no llegó por lo que ya sabemos… —replicó un poco acremente Kolotov—. Oleg Istomin debió tener un accidente con la lancha, ésta se hundió, él murió y el «Bitchi» escapó de sus recipientes y se extendió por todo el Mar del Japón… No va a culparme a mí de eso, supongo.

—De eso, no. Fue un desdichado accidente, que están pagando muy caro todos los japoneses pescadores del Mar del Japón. De lo que sí le culpo es de su intransigencia. A fin de cuentas, Kolotov, yo podría… obligarle a decirme dónde escondió usted ese microfilme con la fórmula del «Bitchi».

Gennadi Kolotov alzó las cejas, como sorprendido. Miró a Takeo, Yashito y Tomiji, que lo contemplaban con impávida fijeza, y, por fin, sonrió despectivamente.

—No diga tonterías. No es fácil asustarme a mí, Chio. En cuanto a utilizar la fuerza, sería lo peor que podría ocurrírsele. Antes me matarían que conseguir que les dijera dónde tengo escondida esa fórmula. Olvídelo. Yo no he traicionado a Rusia para ceder porque unos desdichados decidan torturarme. Como usted bien ha dicho, soy un profesional. Pruebe, si quiere.

—Vamos, vamos… —sonrió Chio Tah Ngo—. No se tome las cosas por la tremenda. El negocio nos interesa a los dos, y prefiero pagar dos millones de dólares a perder esa fórmula. De modo que, como usted quiere, esperaremos que llegue el dinero, le pagaré, usted me entregará dicha fórmula y tan amigos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Y ahora dígame: si no tiene el dinero…, ¿a qué ha venido aquí? Quedamos en que no nos relacionaríamos, y por mi parte, me parece haber cumplido.

—Yo también, porque nadie sabe que el buen Chio ha venido

aquí. No hay cuidado por esa parte.

—¿Ha ocurrido algo? —murmuró Kolotov.

—¿Recuerda al hombre que murió ahogado en la playa?

—Claro.

—Era un americano, como quizás haya oído. También sabrá que se lo llevaron a Tokio. Lo que no sabemos es cómo llegó él hasta Iki Shima, y cómo es posible que estuviese tan cerca de nosotros aquella noche.

—Ya hablamos de eso, y sigo sin poder darle una explicación.

—A mí se me está ocurriendo una. Vamos a ver… Usted y su camarada Oleg Istomin robaron aquella carga de «Bitchi» y la fórmula, en los laboratorios de Komsomolsk. De allí, pasaron a Vladivostok, y usted fue a Tokio, mientras Istomin se quedaba en Vladivostok con la carga, oculto, esperando sus noticias para reunirse con usted en Tokio. En Tokio, usted se puso en contacto conmigo por medio de uno de mis hombres de allá, que me avisó. Usted buscaba un agente chino importante, y yo fui allá… Para entonces, docenas de agentes de la MVD estaban llegando a Tokio, precisamente, en busca de ustedes dos, y, por supuesto, del «Bitchi» y la fórmula robada. Usted y yo llegamos pronto a un acuerdo: dos millones de dólares a cambio del «Bitchi», tras conocer sus… características. Entonces, usted envió el mensaje a su amigo Istomin, a Vladivostok, diciéndole que acudiese con una lancha, cruzando todo el Mar del Japón, a Iki Shima, a la playa cercana a la Roca del Mono. Su camarada recibió el mensaje y se puso en camino. Mientras tanto, nosotros ya habíamos salido de Tokio, hacia Iki Shima, por tren, burlando la vigilancia de los muchos agentes rusos que había en Tokio, aprovechando que, naturalmente, usted conocía a algunos de ellos. Pero, claro, usted no conocía a los agentes americanos destinados en Tokio, así que por esa parte no pudimos prevenirnos. Por tanto, un agente de la CIA pudo seguirnos hasta Iki Shima sin que nosotros reparásemos en él. Primero, en el tren. Luego, en el vapor, ya que mi lancha se había quedado en Iki. Una vez en Iki Shima, ese agente americano se dedicó a vigilarnos discretamente, y aquella misma tarde, apenas anochecer, nos vio dirigirnos hacia la Roca del Mono. Lo único que podía hacer era seguirnos, ver qué estábamos tramando y… tuvo mala suerte; le oímos, él se dio cuenta, quiso escapar y…

—Ya sabemos todo eso. Pero hay dos puntos poco claros en su explicación, Chio.

—¿Cuáles? —El primero: si yo no conocía al americano, él tampoco debía conocerme a mí. ¿Por qué se fijó en mí, entonces?

—No debió fijarse en usted, sino en mi hombre, al que sí debía conocer, como espía chino en Tokio. Por medio de mi hombre, me vio a mí. Por medio de mí, a usted. En total, él vio a un japonés que estaba tratando con un vietnamita, el cual estaba tratando con un hombre blanco que no era americano… Si sumaba todo esto, y sabía que Tokio se estaba llenando de agentes soviéticos, la idea de seguirnos debió de parecerle muy buena. Incluso pudo llegar a la conclusión de que los agentes de la MVD llegados en manadas a Tokio le estaban buscando a usted. Y nos siguió. Sólo pudo hacer eso… y fue demasiado para él. ¿Cuál es el otro punto poco claro?

—¿Por qué dice usted que ese americano trabajaba para la CIA? ¿Cómo puede saberlo?

—En primer lugar, por pura lógica, ya que no era ruso. En segundo lugar, porque esta misma noche me lo han confirmado.

—Ha llegado una mujer americana que dice ser la viuda de Lester Hamilton, el hombre que unos pescadores de Iki encontraron ahogado en la playa. Esa mujer viene dispuesta a entablar contacto con alguien que hubiera tenido cualquier relación con su… marido, y a pagar bien información sobre él, o a cambio de algo que el americano dejase a alguien para su custodia… ¿Qué le ocurre?

—Nada… Nada, nada.

—Pues yo diría que se ha puesto usted pálido.

Gennadi Kolotov se pasó la mano por la boca, en un gesto de clarísima preocupación. Aún más: parecía asustado, o, por lo menos, impresionado.

—¿Cómo es esa mujer? —susurró.

—Americana, ya se lo he dicho.

—Su aspecto.

—Ah. Bueno, Takeo asegura que es joven y muy hermosa. Es rubia, ojos verdes… Muy elegante y hermosa, sí.

—Podría ser ella… ¡Tiene que ser ella…! Sí… Apareció muerto uno de sus compañeros, cosa que ella jamás perdona, jamás… Se habrá enterado de que él debía estar en Tokio, pero que apareció en Iki, mientras que en Tokio se concentraban docenas de agentes

rusos… Y lo ha dejado todo, todo el asunto que pueda estar dirimiéndose en Tokio, para venir aquí, a Iki, justamente donde apareció muerto uno de sus compañeros… Ella siempre…

—¿De quién está hablando? —gruñó Chio.

—De la agente Baby.

Chio Tah Ngo respingó. Luego se quedó mirando como estupefacto a Kolotov. Y finalmente, un brillo diabólico apareció en sus negros ojillos.

—No se me había ocurrido… Lo cual es una gran torpeza por mi parte. La agente Baby, de la CIA. ¡Cinco millones de dólares por su cabeza!

—Olvídelo —sonrió de lado Kolotov.

—¿Olvidarlo? Escuche, yo soy vietnamita, pero hace ya el tiempo suficiente que trabajo en el servicio secreto chino para saber eso: cinco millones de dólares por la cabeza de esa mujer… ¡Y la tenemos aquí, en Iki…! ¡Por el Gran Templo…! Sólo hay que ir al «ryokan» donde ella se ha instalado, cortarle la cabeza y enviarla a Pekín…

—¿Quiere un buen consejo, Chio? —sonrió crispadamente Kolotov.

—¿Qué consejo?

—Levante el campo de Iki Shima.

—¿Qué dice? ¿Está loco? Llevo mucho tiempo aquí, trabajando por el servicio secreto chino, en parte como pago a la ayuda militar y de material que prestan a mi país… Desde Iki Shima, dirijo una importante red de agentes que abarca prácticamente todo Japón. ¿Marcharme? ¿Por qué habría de hacerlo, ahora que todo está bien instalado, bien dirigido…? Sería absurdo.

—Si esa mujer es Baby, y ella le pone la vista encima una sola vez, usted estará acabado, Chio.

—¡No diga estupideces…!

—¿Estupideces? Muy bien, pues escuche esto: cientos de veces, los mejores agentes de la MVD han ido tras esa mujer. Y sólo han conseguido morir… o hacer el ridículo. Usted no es más listo ni está mejor preparado que esos agentes rusos, Chio. Créame, levante el campo. En cuanto a mí, sólo le voy a decir esto: si mañana al mediodía usted no me ha entregado los dos millones de dólares, yo me voy de Iki Shima.

—¿Con el microfilme de la fórmula…?

—No diga tonterías… —sonrió mordazmente Kolotov—. Si yo saco esa fórmula de su escondrijo, usted vendría a quitármela aunque no tuviese el dinero para pagarme. Si me paga, tendrá la fórmula y yo me iré a toda prisa. Si no me paga, me iré de todas maneras y, más adelante, cuando esa mujer se haya marchado, si usted está vivo, volveremos a vernos, sacaré la fórmula de su escondrijo y se la venderé.

—Escuche, Kolotov…

—Es mi última palabra. Y le aseguro que no me inquieta nada de lo que usted pueda hacerme. Yo me voy mañana, en el primer vapor que salga después del mediodía. Eso es todo.

—Mire, Kolotov, una sola mujer no puede…

—¡Pero qué mujer ni qué demonios! —estalló el ruso—. ¡Le estoy hablando de la agente Baby! ¿Es que no puede entender eso, maldita sea? ¡Le digo que me largo, así que usted verá cómo se las arregla!

Chio Tah Ngo estuvo unos segundos mirando hoscamente al ruso. De pronto, sin decir palabra, salió de la cabaña. Los tres guardaespaldas japoneses lo hicieron tras él, y, en silencio, los cuatro hombres se alejaron de la choza, hacia los pinos, para regresar a la casa de Chio por el mismo camino discreto utilizado antes.

Y, en medio de los pinos, Chio Tah Ngo se detuvo de pronto.

—Es sólo una mujer… —susurró—. La mataremos.

—¿Quieres que vayamos los tres? —preguntó Takeo.

—No… No quiero que esto lo hagáis vosotros. Alguien podría veros por allí… No. Será mejor que utilicemos los hombres que están en Fukuoka. Tú Irás a buscarlos con la lancha, Yoshito. Pero no ahora. Es demasiado temprano. Además, hay que tener en cuenta que hay un hombre con ella…

—Tenemos suficientes hombres en Fukuoka —dijo Yoshito.

—Sí, lo sé… Lo mejor será que vayas a buscar a cuatro de ellos después de la medianoche, cuando todos estén durmiendo en Iki. No tiene que verte nadie marchar con la lancha, ni regresar en ella con esos cuatro hombres. ¿Comprendes?

—Sí, Chio.

—Los vas a buscar, los traes aquí, y los llevas hasta el «ryokan».

Los dejas allí, les dices que los maten a los dos a cuchilladas, y tú te vas. Tienes que estar lejos cuando esto suceda. Y ellos tienen que hacer las cosas de modo que parezcan un robo… Éso es: todos saben que la mujer americana ha venido con mucho dinero a la isla. Que le quiten todo lo que lleve de valor, que parezca un robo… ¿Lo has entendido bien?

—Muy bien, Chio.

—Vete. Pero recuerda: no te vayas de la isla hasta que estés seguro de que nadie puede verte. Y tampoco tienen que verte volver con esos cuatro hombres. Nada más.

Yoshito desapareció por entre los pinos, hacia el poblado, silenciosamente, y Chio Tah Ngo y los otros dos japoneses siguieron su discreto camino hacia la casa del vietnamita.

Una vez en ésta, Chio Tah Ngo, como cada noche, fue al pequeño cuarto donde tenía escondida la radio que le comunicaba con el continente. Y, tal como venía haciendo desde varias noches antes, efectuó contacto con Shanghai.

—Chio Tah Ngo llamando a núcleo de Shanghai… —se expresó con toda naturalidad en chino—. Pido que se confirme la recepción del contacto.

—Contacto confirmado. Adelante, Chio Tah Ngo.

—El ruso Kolotov sigue en la isla, pero ciertos imprevistos lo han puesto muy nervioso. Su proyecto es marchar mañana de aquí, tanto si ha llegado el dinero como si no ha llegado. Insisto en la urgencia de ese envío.

—El dinero ha salido ya… —le replicaron—. Dos de nuestros jefes continentales, Tin Chei y Ho Min, son los portadores. La llegada a la isla está calculada para primeras horas de la mañana. Los camaradas Ho Min y Tin Chei entregarán la suma convenida en tu casa. Ellos escogerán el momento oportuno. Mientras tanto, se ratifica la orden inicial respecto al ruso: después de confiarlo para que saque el microfilme de donde lo escondió, debe ser eliminado. En modo alguno podemos correr el riesgo de que la MVD o la CIA lo encuentren con vida y obtengan de él información de ninguna clase.

—Todo entendido. Quedo a la espera de los dos camaradas jefes de Shanghai. Corto.

Cerró la radio, la ocultó y salió del cuarto. En la sala que daba al jardín estaban esperando Takeo y Tomiji, bebiendo «sake»

directamente de la botella.

—Cuidado con eso… —gruñó Chio—. No quiero complicaciones de última hora, Takeo.

—Sabemos beber —sonrió éste—. El «sake» es bueno cuando se sabe beber. ¿Qué dicen de Shanghai, Chio?

Éste se quedó mirando como absorto a los dos nipones. Hasta el momento, ciertamente, habían sido muy efectivos, y estaba convencido de que podía confiar en ellos. Aunque, nunca se sabe… Los traidores a su patria pueden serlo a cualquiera y en cualquier momento. Desde siempre, los chinos y los japoneses habían sido enemigos. Esto era ya casi ancestral para ambas razas. Sin embargo, allá tenía a unos japoneses que, por dinero, estaban trabajando para el servicio secreto chino; por simple dinero. Cierto que él mismo estaba trabajando para el servicio secreto chino, pero no era sólo por dinero. Si todo salía bien, Vietnam lo recordaría como el gran triunfador de aquella guerra que ya duraba tantos años… Y, además, estaba a punto de conseguir nada menos que cinco millones de dólares americanos.

Todas las perspectivas eran buenas aquella noche para Chio Tah Ngo, pero, precisamente aquella de los cinco millones de dólares resultaba insuperable. Sencillamente insuperable. Era verdad que sus principios habían sido muy duros, que había pasado años de olvido y casi miseria en aquella isla considerada estratégica como puente de contactos entre China y Japón. Pero, al final, tenía su propiedad, en Pekín le tenían en alta estima, se iba a apuntar un gran tanto con el asunto del «Bitchi»…, y, como magnífico colofón, cinco millones de dólares consiguiendo nada menos que llevar a Pekín la cabeza de la espía más importante del mundo.

Pero… ¿y si, en definitiva, resultaba que aquella Nora Hamilton no era la agente Baby? Estaba bien claro que, entonces, no le pagarían los cinco millones de dólares. Pero, al menos, le quedaría todo lo demás…, que no era poco. La gloria y, naturalmente, en muy poco tiempo, un puesto de muchísima mayor importancia. Quizás, incluso, tuviese la gran suerte que lo enviasen a trabajar a los mismísimos Estados Unidos…

En cuanto a la señora Hamilton y al hombre que la acompañaba, lo sentiría por ella, si no era Baby, aunque no cabía la menor duda de que tenía que estar trabajando para la CIA Sí, lo sentiría por ella,

pero, a fin de cuentas, la primera advertencia que recibe un hombre o una mujer cuando aceptan el trabajo de espías es la de que, en cualquier momento, en cualquier sitio, alguien a quien quizá ni siquiera conocen, puede cortarles el cuello.

Así que la señora Hamilton no tendría motivos para presentar quejas a nadie. Ni en este mundo ni en el otro.

Capítulo V

Todo era como un mundo diferente.

Apenas había salido el sol, y ya se oía el piar de los pájaros, afuera, en el jardín. Y también, cosa asombrosa, se «oía» el silencio. Le pareció un pensamiento absurdo, pero lo cierto era que captaba con la misma nitidez el silencio y el piar de los pájaros que debían estar saltando entre las ramas de los pinos. El contraste entre el silencio y el canto de los pájaros era, sin duda alguna, lo que daba encanto a ambas cosas… Exactamente, eso era.

Sonriendo, la señora Hamilton volvió la cabeza hacia Jiro Kawabata, que dormía cerca de ella, tendido en otra estera. El japonés parecía una estatua de piedra oscura, inmóvil, tendido boca arriba, con las manos sobre el vientre.

Luego, la señora Hamilton volvió a mirar hacia las grandes puerta-ventanas de papel corredizas, y frunció el ceño… ¿Por qué privarse del espectáculo? Sin producir el menor ruido, se deslizó hacia las «shoji» y deslizó una de ellas, también sin ruido. Afuera, el cielo se veía todavía rojo, y las copas de los pinos aún parecían estar teñidas de negro, que iba tomando un oscuro color violeta. Un aroma de flores llegó hasta el interior de la casa y la señora Hamilton, sonriendo de nuevo, volvió a tenderse en la estera. Estaba oyendo ahora, también, el levísimo rumor del pequeño riachuelo, cuyas aguas debían tener una transparencia maravillosa…

En tan dulce amanecer, la señora Hamilton comenzó a regresar al mundo de los sueños, lentamente, con una sonrisa en los labios.

Y de pronto volvió a abrir los ojos. Su azul mirada quedó fija en el techo de madera, mientras en su cerebro, que funcionaba en todo momento con la lúcida frialdad de una computadora, sonaba aquel timbrecito de alarma que tan bien conocía.

Los pajarillos ya no cantaban.

Seguía oyendo el rumor del agua, pero ya no oía a los pajarillos. ¿Se habían marchado? ¿Todos?

Miró hacia Kawabata, que seguía durmiendo apaciblemente. Durante unos segundos, pese a que conocía perfectamente aquella señal de alarma, estuvo indecisa. Luego se deslizó a gatas hasta el japonés y lo tocó en un hombro. Jiro Kawabata abrió los ojos inmediatamente y se quedó mirándola. Ella se llevó un dedito a los labios, y con la otra mano señaló hacia el jardín. Finalmente, con la derecha, sacó de debajo de su falda la pistola de cachas de madreperla y volvió a su esterilla.

No hacía ni siquiera cinco segundos que había vuelto a tenderse, cuando afuera, por un instante, vio una sombra. Entornó los ojos y se quedó mirando, como si estuviese dormida, hacia las puerta-ventanas, que no tardaron en comenzar a ser desplazadas, lentamente, silenciosamente.

Y al poco apareció el primer hombre. No parecía japonés. Quizá coreano. El segundo hombre en aparecer sí era japonés. Ambos llevaban cuchillo y habían clavado en ella la mirada… por el momento, ya que sus intenciones debían ser clavarle el cuchillo… Por detrás de ellos se movieron dos sombras más. Los dos primeros hombres entraron, y entonces pudo ver a los otros dos. Cuatro enemigos, todos ellos armados de cuchillos.

Y a pesar de eso, la espía internacional permaneció inmóvil, como profundamente dormida, respirando con toda normalidad. Los estaba engañando bien, no cabía la menor duda.

Pero, finalmente, convencida de que, en efecto, no había más de cuatro, alzó la pistola, de pronto, sacando la mano de debajo de la manta. Entre los atacantes hubo un respingo sordo, un gesto de sobresalto…

Plof, se oyó en el gran silencio el disparo de la pistolita de cachas de madreperla, silenciosa de origen.

El coreano lanzó un gemido ronco al recibir la bala en la garganta, y saltó hacia atrás, soltando el cuchillo, chocando con violencia contra los dos que entraban en último lugar. Pero la reacción de los intrusos fue fulminante, lanzándose inmediatamente contra aquella mujer, que no era rubia, como les habían dicho, sino de largos cabellos negros y ojos azules, no verdes.

El japonés más próximo saltó sobre ella, blandiendo en alto el

cuchillo, dispuesto a descargar la brutal cuchillada hacia el pecho de aquella mujer… Pero, en lugar de caer sobre ella, cayó de pecho sobre sus piernas flexionadas, que se estiraron fuertemente, lanzándolo por encima, en amplio arco, hacia Jiro Kawabata, que se había puesto en pie de un salto, y a cuyos pies cayó el atacante, de cabeza.

Ni siquiera pudo intentar incorporarse, porque Kawabata le golpeó con la punta del descalzo pie en una sien, y el otro giró varias veces, rodó hasta quedar completamente inmóvil, mientras Kawabata recogía su cuchillo…

Mientras tanto, los otros dos se habían abalanzado contra la espía, que volvió a disparar. Esta vez, debido al movimiento de todos, la bala no fue tan certera. Solamente acertó a uno de los japoneses en un lado del cuello, produciendo los mismos efectos que un latigazo de fuego; doloroso, pero insuficiente para detener a un hombre dispuesto a matar. Y, antes de que Baby pudiera volver a disparar, los dos estaban prácticamente sobre ella, lanzando cuchilladas velozmente, buscando su vientre y su garganta, con tal furia, que, en sus saltos de esquiva, Baby perdió pie y cayó de espaldas.

Uno de los japoneses saltó sobre ella, emitiendo un rugido de triunfo al ver cómo la pistolita escapaba de la mano de la mujer. Cayó a horcajadas sobre ella y lanzó una puñalada terrible, hacia el pecho femenino; una puñalada que lo habría destrozado todo, pero que no llegó, porque las delicadas manos de la espía detuvieron en el aire la muñeca del japonés, soportando magníficamente el tremendo choque.

Kawabata había lanzado el cuchillo recogido del suelo, y la afilada arma se hundió hasta la cruz en el pecho del otro japonés, que pareció empujado hacia atrás por un impacto muchísimo más violento, y quedó tendido cara al techo, con los ojos casi fuera de las órbitas. Inmediatamente, Jiro Kawabata corrió hacia Baby y el otro nipón, dispuesto a quitárselo de encima, pero… no hacía falta. Con hábil torsión de cuerpo, la espía había conseguido esto por sí misma y, siempre sujetando con ambas manos la muñeca de su adversario, quedó encima. Una de sus manos cambió de posición, de modo que entonces, con ambas, pudo torcer la muñeca del japonés, encarando la punta hacia su propio pecho.

Una expresión de terror apareció en los ojos del japonés cuando comprendió que la mujer pretendía empujar ahora el arma hacia él, para hundirla en su pecho, y todas sus fuerzas se concentraron en aquel brazo, en cuya ayuda acudió el otro. Pero, por encima de él, el japonés estaba viendo el rostro transformado de una mujer sorprendente. Sus facciones estaban rígidas, sus ojos parecían congelados… y sus delicadas manos tenían la horripilante fuerza de émbolos mecánicos. Ni siquiera jadeaba. Simplemente, dedicaba todas sus energías a aquel empeño, apretando con sus manos y su pecho, bajando lentamente el cuchillo, inexorablemente.

Kawabata, junto a ellos, efectuó una maniobra digna de la más refinada y astuta mente japonesa. Sin alterarse, sin buscar salidas desesperadas para ayudar a la mujer, su acción fue de lo más simple, y efectiva: apoyó sus manos en la espalda de Baby y apretó con fuerza hacia abajo.

Fue demasiado para el japonés. Entre la fuerza de Baby y la presión de Kawabata, sucedió lo inevitable: ella bajó más, de pronto, con fuerza, y el cuchillo se hundió, por fin, en su objetivo. Un débil gemido brotó de los labios del japonés, y sus ojos quedaron abiertos, su boca crispada.

Inmediatamente, dejando el cuchillo clavado en el pecho de su enemigo, Baby se puso en pie… y sólo tuvo tiempo de lanzar una exclamación al ver, de pronto, al japonés que Kawabata había golpeado, detrás de éste, descargando un terrible golpe con ambas manos juntas en la nuca de su amigo, que cayó de bruces, fulminado. Chocó de cara contra el piso de madera y se revolvió, intentando ponerse en pie. Pero parecía que estuviese sobre una balsa en pleno mar agitado, y sólo pudo ver, entre brumas, dos sombras, una frente a otra.

Sacudió la cabeza y la visión se aclaró: el japonés estaba adelantando hacia la señora Hamilton, con ambas manos tendidas hacia ella como garras, mientras la espía retrocedía, como asustada. Jiro Kawabata quiso ponerse en pie cuando vio el súbito ataque del japonés, lanzando dos velocísimos golpes de karate casi simultáneos contra la amiga de Number One.

Dos golpes cada uno de los cuales podía haberla matado… si hubiesen llegado a tocarla adecuadamente. Pero ninguno de los dos golpes alcanzó a aquella encantadora jovencita de apariencia

delicada y dulce. Las dos manos del japonés, chascando en el aire, apenas la rozaron.

En cambio, la acción de ella fue muchísimo más eficaz: se inclinó, apoyó una mano en el suelo y, volviéndose de espaldas al japonés, lanzó una patada escalofriante, como una coz. Su descalzo pie acertó al japonés en el centro del vientre con tal fuerza que lo tiró rodando varios metros más allá…, seguido por la implacable espía internacional, que lo asió por los cabellos y de un tirón lo colocó de rodillas.

—¿Quién les ha enviado a…? ¡Auggfff!

Su rugido de dolor al recibir en pleno vientre el cabezazo del japonés acabó de despabilar a Kawabata, que consiguió ponerse en pie, aunque vacilante, recuperada la visión normal de los acontecimientos. Se inclinó, recogió un cuchillo y se acercó a ambos contendientes, enzarzados en una feroz lucha en el suelo, en la que, por el momento, parecía llevar la mejor parte el japonés, descargando golpes mortales hacia la cabeza de Baby, que los paraba con los brazos, hasta que, finalmente, consiguió descargar ella uno.

Uno solo.

Su mano derecha, rígida, pasó entre los brazos del japonés, y las puntas de los dedos se hundieron en su garganta. Se hundieron de verdad, penetraron en ella como si hubiesen sido una lanza del más fuerte acero. El japonés emitió un ronco estertor y cayó de bruces sobre la espía, instantáneamente muerto.

Así que Kawabata sólo llegó a tiempo de tender una mano a la señora Hamilton y ayudarla a ponerse en pie. Ella miró alrededor, suspiró profundamente, y fue a sentarse en la cercana esterilla donde Kawabata había pasado la noche. De pie, todavía maravillado, Kawabata estuvo mirándola, en silencio, hasta que ella, recuperado su ritmo respiratorio, lo miró, sonrió un tanto crispadamente y dijo:

—Francamente, creo que nos merecemos un desayuno mejor que la cena de anoche. ¿Cree que es demasiado temprano para bajar al poblado a comprar algo?

—No sé ni siquiera qué hora es —acertó a responder Kawabata.

Ella miró su relojito.

—Las seis y veinte.

—Creo que será mejor esperar un poco.

—Bien. Vamos a ver si sacamos en claro algo de todo esto. Regístrelos.

Pero el registro de los cuatro hombres muertos no dio fruto alguno. Tres de ellos eran japoneses, y el cuarto, en efecto, coreano. No llevaban más armas, y sólo un poco de dinero.

—No parecen de la isla —murmuró Kawabata—. Sobre todo, claro, el coreano.

—Si no son de la isla, han tenido que llegar en uno de los barcos, ¿no?

—Claro… Supongo que sí.

—Pero no llevan encima ningún pasaje.

—Puede que lo hayan tirado.

—¿Los cuatro? Me sorprendería mucho… ¿Nunca se ha encontrado usted en los bolsillos la entrada de un cine o un teatro varios días después de haber asistido a la función?

—Sí… —sonrió Kawabata—. Tiene razón. Parece extraño que los cuatro estuvieran pendientes de un detalle tan insignificante como desprenderse del billete del pasaje.

—Entonces, podemos pensar que han llegado por medios propios. Más claro: tienen… tenían una lancha. ¿Cree que podríamos buscarla… discretamente en el puerto, o por algún lugar cercano de la costa?

—¿Para qué?

—Quizá en la lancha encontremos alguna pista. Esto me ha ocurrido otras veces, y siempre lamento que todos los que me atacan mueran. Podríamos habernos enterado de algo.

—Quizá no había nada de qué enterarse. Es posible que estos hombres estuviesen en Iki cuando llegamos nosotros, comprendiesen que teníamos dinero, y hayan querido apoderarse de él.

Baby miró sonriendo a Kawabata.

—Es posible —se puso en pie—. Bien, ocupémonos de quitarlos de en medio. Tendremos que esconderlos en el jardín, de momento. Porque supongo que no se le ha ocurrido la idea de hacer correr la voz de que hemos matado a cuatro hombres.

—No… —sonrió Kawabata—. Nadie pensaría de lo que es usted capaz viéndola luchar, señora Hamilton.

—Esa es una de mis pequeñas ventajas —aceptó ella—. Les parezco a todos una presa tan fácil que la cosa empieza a resultarme aburrida.

—¿Sabe Number One cómo es usted realmente?

—Mejor que nadie.

—Entonces no entiendo por qué se preocupó tanto por su vida la otra vez.

—Porque él sabe que toda trayectoria tiene su fin, por afortunada que sea. Echemos un vistazo al jardín.

Quince minutos más tarde, los cuatro hombres yacían en un hoyo difícilmente conseguido entre las cañas de bambú, cubiertos por algunas hierbas.

Desde luego, ya no cantaban los pájaros. Habían visto los cuatro cadáveres arrastrados hacia el jardín y, al parecer, eso les quitó las ganas.

—De momento están bien aquí —dijo Baby—. En cuanto sea posible hacerlo discretamente, los llevaremos a lugar más definitivo.

—¿Qué hacemos ahora?

—No podemos hacer nada. Tendremos que esperar a una hora razonable para bajar al poblado y seguir preguntando por Lester Hamilton. Supongo que la noticia de nuestra supervivencia va a sentarle muy mal a alguien…

Chio Tah Ngo vio entrar a Yoshito en la casa, impávido el rostro, pero supo que algo no marchaba bien. En efecto, Yoshito le hizo una seña; pero Chio le hizo a su vez otra, indicándole que esperase, y siguió conversando con los dos chinos, uno de los cuales tenía un gran paquete en las manos.

—Lo mejor, de todos modos, sería que ustedes no permaneciesen en la isla. Podrían volver a su lancha y navegar por estas aguas, a la espera de mi llamada por radio… ¿O no llevan radio en la lancha?

—Por supuesto que sí —dijo Ho Min.

—Pero no sé si su idea es buena, Chio —añadió Tin Chei.

—¿Qué es lo que no le gusta de ella?

—Considero que lo mejor sería que fuese usted a ver al ruso ahora mismo, le pagase, y consiguiese el microfilme. Nosotros nos lo llevaríamos y usted quedaría a cargo de matar al ruso posteriormente y recuperar los dos millones de dólares.

—Parece lo más razonable —apoyó Ho Min.

Chio dirigió una mirada de reojo al impaciente Yoshito, que lo contemplaba con fijeza, y su preocupación aumentó.

—A mí no me parece tan razonable —musitó—. Precisamente hemos de tener en cuenta la inminente muerte de Kolotov. Espero hacer las cosas con toda discreción y, en todo caso, a mí nadie me iba a relacionar con esa muerte. Pero, si algo fallase parcialmente, y la muerte del ruso fuese descubierta, quizás algunas personas recordarían haber visto dos chinos por aquí. ¿O ya los ha visto alguien?

—No… —susurró Ho Min—. Y me parece que tiene usted razón, Chio. Sí, será mejor que nos alejemos con la lancha. Nuestra radio es de largo alcance, así que podemos permanecer incluso a quinientas millas.

—No hará falta tanto. Bastarán veinte o treinta. Tengan en cuenta que los pescadores de Iki no salen estos días, así que es poco probable que sean vistos en el mar. Yo haré mi parte, y les avisaré en el momento oportuno…, que me parece tendrá que ser después de anochecer. Nunca se ha perdido nada por ser cauto.

Hin Chei y Ho Min cambiaron una imperceptible sonrisa.

—De acuerdo —admitió el primero—. Celebramos mucho comprobar que se toma verdaderamente en serio su trabajo, Chio. Aquí tiene el dinero.

Chio Tah Ngo tomó el paquete, lo abrió y sonrió al ver los fajos de billetes americanos. Dos millones de dólares. Una auténtica fortuna…, que Gennadi Kolotov jamás llegaría a disfrutar, desde luego. En cambio, él…

—Convendría que empezasen a pensar en el modo de reunir otros tres millones de dólares —murmuró, sonriendo.

—¿Más dinero? ¿Para qué?

—Por la noche se lo diré. Pero Pekín debe empezar a pensar en desprenderse de cinco millones de dólares. Y esta vez, de verdad, sin trucos como el que vamos a realizar con Kolotov.

—¿Para quién serán esos cinco millones de dólares?

—Para mí.

Los dos chinos cambiaron una inexpresiva mirada. Luego se quedaron mirando fijamente al vietnamita.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de algo que ustedes mismos se llevarán a Shanghai esta misma noche. Y será mejor que se vayan ya. Es muy tarde, y aunque los pescadores no salgan al mar, siempre puede haber alguien por las playas… Creía que iban a llegar al amanecer.

—Hicimos lo que pudimos.

—Por supuesto. Bien…, hasta la noche. Takeo, llévalos hacia donde dejaron la lancha, por el camino menos visible.

Los dos chinos se pusieron en pie, y Chio quedó sentado, sonriendo. Takeo se fue con los dos chinos, y sólo entonces miró Chio al cada vez más impaciente Yoshito, que había empezado a murmurar con su compañero Tomiji.

—Está bien, Yoshito —masculló—: ¿qué ocurre?

—Han fracasado, Chio.

Un parpadeo de sobresalto apareció en los negros ojos de Chio Tah Ngo.

—¿Te refieres a los cuatro hombres que enviaste a matar a esa mujer?

—Sí. A ellos no los he vuelto a ver. Y ella y su amigo están en Katsumoto, preguntando a todo el mundo por el hombre de la CIA.

—Quizá esos hombres no tuvieron oportunidad de atacarla y están esperando una oportunidad que… ¿No? Yoshito estaba moviendo negativamente la cabeza.

—No, Chio. Yo los dejé a los cuatro esta madrugada muy cerca del «ryokan». Quedamos en que ellos iban a ir en seguida a matar a la mujer, y que luego bajarían no a Katsumoto, sino al otro lado de la isla, al puerto de Gonoura, y que allá tomarían el primer vapor de regreso a Fukuoka. Los dejé delante de la casa y sé que ellos fueron hacia allá.

—Según eso…, ¿debemos pensar que esos cuatro hombres han muerto?

—A mí no se me ocurre otra cosa, Chio. Han fracasado.

—Y esa mujer, como si tal cosa, como si cuatro hombres no hubiesen querido apuñalarla, está ahora haciendo preguntas… Debe tener nervios de acero. O sea, que podemos empezar a tener cierta seguridad de que es ella, de que vale tanto dinero… ¿Has notado algo en ella, o en el hombre que la acompaña? Quizás ella o él estén heridos, o aparezcan nerviosos…

—No. Están completamente tranquilos e ilesos.

Chio Tah Ngo asintió con la cabeza, y quedó profundamente pensativo. Luego, poco a poco, una expresión de perverso regocijo fue apareciendo en sus ojos.

—Ve a decirle al ruso que venga. Tan discretamente como siempre, desde luego.

Capítulo VI

Gennadi Kolotov se pasó la lengua por los labios y, por fin, dejó de contemplar el dinero. Bien. Allá los tenía. Dos millones de dólares, por los cuales él y su camarada Oleg Istomin habían cometido traición. Sólo tenía que cogerlos y marcharse…

—Está bien —musitó—. Me iré ahora mismo, Chio.

—De acuerdo. Pero antes, naturalmente, tendrá que entregarme el microfilme y esperar a que yo compruebe que es el que me interesa.

—Claro. Bueno, puede recogerlo usted mismo.

—¿Dónde está?

—Lo tiré al fondo del mar.

—¿Está loco? —respingó Chio, incorporándose vivamente.

—No —sonrió el soviético—. Está seguro allí. Lo protege una cápsula metálica y, además, lo metí dentro de una gran caña de bambú, que llené también de medras, la tapé herméticamente por ambos extremos, y la tiré al agua. Está cerca de la Roca del Mono, en una cala pequeña y muy profunda, rodeada de rocas. Sólo hay que bajar a buscar esa caña de bambú hundida.

—Yo puedo hacerlo —dijo Tomiji—. Chio, sé muy bien…

—No… —cortó Chio—. No me gusta esto, Kolotov. Quiero que sea usted quien me traiga esa cápsula con el microfilme. Espero que sepa arreglárselas para recuperarlo.

—Pero… a ustedes les sería más fácil…

—Nada de complicaciones. Escuche, aquí tiene dos millones de dólares…, y yo no le hago buscarlos en el fondo del mar, ¿verdad? Tráigame el microfilme y yo le daré el dinero. Eso es todo. Ni mis hombres ni yo tenemos por qué llamar la atención de nadie.

—¿Qué importa que alguien vea algo? No podrán entender nada…

—Pues hágalo usted.

—Está bien. El lugar es muy profundo, pero me las arreglaré. De acuerdo. Y otra cosa: ¿qué sabemos de Baby?

—Ella está en Katsumoto, preguntando a todo el mundo por el tal Hamilton, y entiendo que enseñando su fotografía a todo el que quiere verla. No se preocupe… Yo me encargo de ella.

Kolotov movió la cabeza dubitativamente.

—Haga lo que guste. Pero yo, en cuanto tenga el dinero, me largo de aquí… No diga que no le he advertido, Chio.

Salió de la casa de éste, presurosamente. Takeo miraba significativamente al vietnamita, sonriendo.

—¿Vamos tras él, Chio? —sugirió—. Ya sabemos adónde piensa dirigirse, y dónde encontrar el microfilme. Podemos matarlo allí mismo.

—No… —se echó a reír Chi Tah Ngo—. ¿Para qué molestarnos, si alguien puede hacer el trabajo por nosotros?

—¿Quién?

Chio volvió a reír, satisfechísimo de sí mismo.

Verdaderamente, era genial… ¡Absolutamente genial! ¡Claro que sabía quién iba a encargarse de Kolotov…!

Masao movía negativamente la cabeza, hablando con Jiro Kawabata, que, finalmente, se volvió hacia la señora Hamilton.

—Nadie lo vio vivo por aquí… —informó—. Los dos pescadores lo han reconocido, eso sí. Muerto, lo vieron muchos, pero Masao asegura que nadie lo vio con vida.

—Eso puede significar que Hamilton llegó a Iki de noche, y, además, precisamente, haciendo todo lo posible porque nadie se fijase en él. ¿Se le ocurre por qué, Jiro?

—Quizá no quería que alguien se fijase en él… Alguien en especial.

—Exacto.

—Pero es que, además —sugirió el japonés—, él pudo llegar por otro puerto de la isla. Él y la persona o personas que estuviesen despertando su interés. En la isla están también el puerto Yamata Hama, el de Gonoura…

—Iremos a esos puertos, sucesivamente. Pero creo que todavía debemos insistir más por aquí. Si es el más importante…

La rubia señora Hamilton quedó silenciosa, de pronto, mirando al japonés que, algo alejado, le estaba haciendo discretas señas. En

cuanto se convenció de que ella le había visto, dio media vuelta y comenzó a alejarse, lentamente, volviendo de cuando en cuando la cabeza.

—¿Qué ocurre? —se sorprendió Kawabata de su silencio.

—Nada… Nos tomaremos un descanso, por ahora. Dele las gracias a Masao y sus amigos, y que sigan buscando. Usted y yo nos vamos a dar un paseo.

Kawabata sólo estuvo atónito unos segundos. Luego dio instrucciones al simpático y servicial Masao, y se fue en pos de la señora Hamilton, la cual, a su vez, en pos del japonés que le había hecho señas tan discretas. Respetando la actitud del japonés, los dos lo fueron siguiendo, sin intentar el contacto. Poco a poco, dejaron atrás el poblado, y entonces el japonés se detuvo, esperándolos.

Cuando llegaron ante él, Baby murmuró:

—Pregúntele qué quiere. Jiro.

—Yo entiendo el inglés… —dijo el japonés—. Lo entiendo mucho bastante bien.

—Estupendo —celebró la espía—. ¿Qué quiere?

—Mi patrón hablar quiere con ustedes. Dice que sabe americano cosas de él.

—¿Sabe algo de mi marido?

—Sí, sí.

—¿Y quién es su patrón? —preguntó Kawabata, desconfiado.

—Oh, él Chio Tah… Muy rico, muchas barcas, yo pesco en sus barcas. Seis… —mostró seis dedos—. Seis barcas para pescar, él tiene. Conocen a Chio todos en Iki Shima.

Kawabata vacilaba, pero la señora Hamilton asintió.

—De acuerdo. Llévenos con él.

Era seguramente el «ryokan» más grande y bello de Iki Shima. Estaba rodeado de jardín, desde el cual se veía el mar, y todo el puerto de Katsumoto, como si fuese una de las más hermosas tarjetas postales del mundo. Bajo la sombra de los pinos casi se notaba fresco en aquella mañana primaveral, y el rumor de la fuente del estanque donde había peces de colores resultaba sedante, amable, dulce.

El japonés los hizo entrar en la casa y se descalzó, siendo rápidamente imitado por Kawabata. La señora Hamilton hizo lo mismo un segundo después, sonriendo. Y los tres descalzos

caminaron por un amplio pasillo de piso de madera barnizada. Había cuadros de flores y de montañas en las paredes, separaciones de bambú, algún jarrón con flores componiendo bellos «ikebanas».

Finalmente, el japonés que los guiaba descorrió una gran «shoji» de madera y papel, mostrando un jardín aún más bello y silencioso, más íntimo.

De espaldas a ellos, contemplando el jardín, había un hombre bajo y grueso, que parecía tener la cabeza completamente rapada. Se volvió al oírlos y sonrió. Los dos se dieron cuenta inmediatamente de que aquel hombre no era japonés… Y su sonrisa no le gustó demasiado a la señora Hamilton.

Pero correspondió a ella cuando el hombre se acercó, sin dejar de sonreír, y efectuó una inclinación ante ellos.

—Soy Chio Tah Ngo… —se presentó—. Humilde servidor.

Hablaba correctamente el inglés y Baby contestó en el mismo idioma, amablemente:

—Muy agradecida, señor Tah. Mi amigo es Jiro Kawabata. Yo soy Nora Hamilton…

—Lo sé… Lo sé, señora. Estoy enterado de todo… Me refiero al motivo de su visita a Iki. Todos hablan de lo mismo, pero… quizá sea yo quien pueda ayudarla.

—¿Tiene alguna noticia sobre mi marido?

—Pues… sé que apareció ahogado.

—¿Nada más?

—Y que usted, al parecer por sentimentalismo, ha venido a buscar algo que, según parece, pudo dejar él para usted. Algún recuerdo, supongo… Bien, eso es lo que se dice en Katsumoto, según yo entiendo.

—Es cierto, señor Tah.

—También se dice —sonrió Chio— que usted está dispuesta a pagar bien cualquier noticia que la ayude a conseguir sus propósitos.

—En efecto —parpadeó la señora Hamilton.

Chio volvió a sonreír. Señaló hacia la mesita baja que había en el centro de la estancia, rodeada por pequeños «tatamis».

—Creo que conversaremos mejor sentados… —sugirió—. ¿Desean tomar algo? ¿«Grulla Blanca», quizá?

La señora Hamilton miró desconcertada a Kawabata, que

informó:

—Es «sake». Vino de arroz, ya sabe. «Grulla Blanca», o sea, «haku-tsuru», es una de las marcas más famosas en Japón. Y no es barata.

—De todos modos, preferiría té —sonrió ella.

Chio Tah Ngo dio una orden a Takeo, y éste salió de la estancia. Se sentaron los tres alrededor de la mesita baja, y quedaron silenciosos. De pronto, Baby preguntó:

—¿Quiere usted dinero por sus informes, señor Tah?

—Bueno… Verá usted, señora Hamilton, yo soy un pescador rico…

—Sé que tiene seis barcas de pesca. Pero usted no es japonés.

—Ah, no… Desde luego, no. Soy vietnamita. Del Sur, por supuesto. Hace años que estoy aquí, sin embargo. Poco después de iniciada esa absurda guerra en mi país, y comprendiendo que la intervención americana sólo iba a complicar las cosas, reuní todos mis bienes y me marché.

—Una actitud muy prudente —dijo con frialdad Kawabata.

—Mucho… —sonrió Chio—. Supongo que no les parezco precisamente un héroe, pero eso no es cosa a discutir aquí. Como les decía, reuní lo que pude de mi dinero y me marché. Finalmente llegué a Iki, tuve la oportunidad de comprar un par de barcas… Bueno, ya tengo seis, y las cosas iban estupendamente hasta que sucedió lo de los peces. Hace ya días que mis barcas no salen, y mis gastos no han cesado por eso. Tengo compromisos con muchos empleados, gastos que atender…, y no hay peces para vender. Eso me está poniendo en una situación un poco difícil… Económicamente, claro. Por eso he pensado que…

—¿Cuánto dinero quiere usted? —cortó Baby.

—Cuanto más, mejor. Comprenda que, si no fuese por las actuales circunstancias, tendría mucho gusto en…

—¿Mil dólares está bien?

—Pues…

—Dos mil, señor Tah.

—De acuerdo. Lo lamento, señora Hamilton, pero quisiera hacerle comprender que con ese dinero podré ayudar a paliar en lo posible las necesidades de algunas familias que dependen de mí.

—Está bien… —la señora Hamilton abrió su maletín, sacó un

sobre y de él comenzó a extraer billetes de cien dólares, que fue depositando sobre la mesita—. Dos mil dólares, señor Tah. Escuchemos ahora las noticias sobre mi marido. Espero que valgan todo este dinero.

—Eso no lo sé. Pero, desde luego, puedo hablarle de alguien que estuvo en contacto con su marido. Los dos llegaron hace algunas noches a la isla. Sé que ese hombre de que le hablo bajó del barco en primer lugar. Luego lo hizo el señor Hamilton, cuando ya nadie quedaba en el barco. No quiero parecerle demasiado listo, ni siquiera suspicaz, pero… me pareció que el señor Hamilton había llegado… escondido en el barco, no viajando como un pasajero corriente. Lo vi bajar, y tomar la misma dirección que el otro hombre blanco. Éste era más alto que su marido, muy fuerte… Los dos desaparecieron.

—Entiendo. ¿Qué hacía usted allí, señor Tah?

—Hacía poco que había llegado yo también en aquel barco, de Fukuoka, adonde había ido precisamente a pedir un préstamo a mi Banco. Ya le he dicho que no habiendo pesca…

—¿Quién es ese hombre que estuvo en contacto con mi marido?

—No sé su nombre. También parece inglés, quizá ruso… No sé. Está en una cabaña casi en las afueras del poblado. No puede confundirlo con nadie más, pues es muy alto y fuerte, lleva los cabellos largos… Es inconfundible.

—Me parece extraño que sabiendo el objeto de mi estancia en Iki Shima no haya acudido a mi encuentro.

—Él debe tener sus motivos, que yo ignoro por completo. Además, es un hombre… muy retraído. Yo diría que prácticamente no sale de esa cabaña. Pero, claro, la gente del puerto tiene que haberlo visto en varias ocasiones.

La señora Hamilton quedó pensativa unos segundos, mirando muy atentamente al vietnamita.

—¿No ha comentado usted esto con nadie, señor Tah?

—No.

—¿Por qué?

—No es asunto mío lo que hagan otras personas.

—¿Y ahora sí es asunto suyo?

Chio Tah Ngo sonrió, y su mirada descendió hasta el montoncito de billetes. La respuesta, si bien silenciosa, no podía ser más

elocuente.

La señora Hamilton asintió con la cabeza, y se puso en pie. Los dos hombres la imitaron rápidamente, desconcertado el vietnamita.

—¿Se marcha ya? —exclamó—. Esperaba tener el gusto de tomar el té con usted…

—En otra ocasión, señor Tah. Ahora tengo cosas más importantes que hacer.

—Siempre será bien recibida en mi humilde casa. Permítanme acompañarlos hasta la puerta…

Un minuto más tarde, Chio Tah Ngo regresaba a la sala, donde esperaba Takeo con el té. Y también Yoshito y Tomiji, éste todavía con los cabellos mojados, sonriente, sosteniendo en sus brazos una sección gruesa y larga de caña de bambú.

—Fue muy fácil, Chio —aseguró Tomiji—. Y dejé allí el dinero.

—Abridla. Sírveme el té, Takeo.

Se sentó cómodamente ante la mesita y estuvo tomando té mientras Yoshito y Tomiji, tras destapar ambos extremos de la caña, vertían sobre el piso su contenido. Cientos de pequeñas piedrecitas, guijarros, entre los cuales comenzaron a buscar. Impávido, Chio Tah Ngo estuvo tomando el té hasta que, con una exclamación, Yoshito le tendió lo que, a primera vista, parecía un guijarro más. El vietnamita lo estuvo estudiando unos segundos. Luego hizo presión en el lugar adecuado, lo separó en dos partes y de su interior brotó desenroscándose una pequeña y brillante tira negra.

—En Pekín estarán contentos de mí… —susurró, recogiendo el microfilme—. Les voy a entregar no sólo la fórmula de «Bitchi», sino la cabeza de la agente Baby.

—Ella debe estar ahora buscando al ruso —dijo Takeo.

—Claro. Y estoy seguro de que una mujer tan lista como ella lo encontrará en seguida.

Capítulo VII

—Está contratando «amas» —llegó diciendo Kawabata.

—¿Contratando… qué?

—«Amas»… —sonrió el japonés—. ¿No ha oído hablar de ellas?

—No.

—Son mujeres buceadoras. Todavía quedan bastantes por estas islas, y por las costas de las mayores. Hace cientos de años que en Japón hay mujeres de éstas. Se dedican a bucear en busca de comida: algas, abalones, crustáceos… Las más famosas son las de Hekura Shima, pero las hay en otras muchas partes: Onjoku, Akasumi, Tsushima, Magari, Wajima… Siempre bajan a por comida, no a por otras cosas. Cuenta la leyenda que el origen de las «amas» proviene de cuando se fundó el santuario de Ise Shrine, el lugar más sagrado de todo Japón. Allí, las «amas» salvaron a un niño de perecer ahogado, ese niño resultó ser el emperador Antoku. Desde entonces, su prestigio ha sido muy grande.

—Muy interesante. Bueno, si ese hombre está contratando mujeres buceadoras, resulta revelador, ¿no le parece?

—Sí… Pero son de las «kachido».

—¿Qué quiere decir?

—Las «kachido» son las que bucean más cerca de la costa. Hay también las «funado», que suelen bucear aún a más profundidad, y más mar adentro. En realidad, ya van quedando pocas «amas», porque las jóvenes actuales se niegan a seguir esta profesión de sus mayores. Y quizá tengan algo de razón: suelen empezar a bucear a los quince años, quizá antes, y aunque actualmente los conocimientos sanitarios son infinitamente mejores a los de los primeros tiempos, no cabe duda de que es una vida peligrosa… y corta. Seguramente, ese hombre no habría podido contratar a ninguna si no estuviese sucediendo la desgracia del mar.

—Ya. Dice usted que está contratando buceadoras. Supongo que

eso le sugiere algo.

—Claro. Él quiere que le busquen algo hundido en el mar, cerca de la costa, a no demasiada profundidad. Las «amas», de todos modos, pueden bajar hasta setenta u ochenta pies, a pulmón libre.

—Pues no me extraña que vivan poco. Bien, creo que mientras usted sigue vigilando a ese hombre, será mejor que yo vea de alquilar alguna lancha en el puerto. ¿Le parece posible?

—Tal como están las cosas, se la alquilarán con mucho gusto, con tal de ingresar algo de dinero. ¿Cree que podrá entenderse con los pescadores?

—Hay un lenguaje que todo el mundo entiende, Jiro: los billetes americanos. No pierda de vista a ese hombre… Un momento. Será mejor que le deje mi radio de repuesto, y así podremos estar en contacto en todo momento. Avíseme en cuanto ocurra algo que usted no pueda controlar.

Bip-bip-bip-bip…

Baby abrió la radio, sin dejar de contemplar el mar de la tristeza infinita, que se extendía cómo una sombría mancha verde a su alrededor.

—¿Sí, Jiro?

—Señora Hamilton: ¿dónde está usted?

—En el mar, en la lancha que he alquilado para… dar un paseo.

—Escuche, ese hombre ha alquilado también una lancha y se ha hecho a la mar con ella. Lleva tres «amas». Ha tomado rumbo al Mar de Kurosava. Está hacia la Roca del Mono, de la que ya hemos hablado. Pero sería mejor que usted pasase a recogerme y…

—No. Siga por ahí, Jiro, haciendo preguntas a rodos, como si aún no hubiésemos encontrado ninguna pista. Nadie debe relacionarnos con ese hombre. Yo voy a ir hacia la Roca del Mono ahora mismo.

—Señora Hamilton, ese hombre debe estar armado y…

—Yo también. Hasta luego, Jiro.

Cerró la radio, estuvo unos segundos todavía contemplando el mar, y, de pronto, puso la lancha en marcha.

La lancha se detuvo en la pequeña cala de aguas profundamente azules, casi negras. Estaba recogida entre altas rocas que la sombreaban y la protegían de los vientos. Desde allí se veía la Roca

del Mono, llamada así por su aceptable parecido de la cumbre con la cara de un mono. No sin imaginación, desde luego.

Gennadi Kolotov había parado el motor y acto seguido tiró el anclote al fondo, lo cual fue observado con suma atención por las tres mujeres en «shorts» y sujetadores que le acompañaban en la lancha. Cuando resultó evidente que el anclote había llegado al fondo, cambiaron breves impresiones entre sí, y luego miraron a Kolotov, que asintió con la cabeza, señaló el fondo y luego el trozo de caña de bambú que se había procurado. Podía parecer extraño que un hombre contratase a tres buceadores para que le sacasen del agua una caña de bambú, pero ninguna de ellas expresó nada. La menor de ellas no tendría menos de cuarenta años, y todas parecían un poco mayores de su edad real, castigadas durante años y años por no menos de cincuenta inmersiones prácticamente diarias.

Pero, sin vacilar, se tiraron al agua, desapareciendo hacia el fondo en cuanto se hubieron colocado los lentes. Gennadi Kolotov encendió nerviosamente un cigarrillo y se volvió para mirar hacia el mar. Había visto antes una lancha que parecía ir detrás de él, pero luego la había visto desaparecer en una de las pequeñas calas. No obstante, en aquel momento le pareció volver a oír el rumor de un motor no muy lejos de allí y eso volvió a alarmarlo.

Pero… debía haberse equivocado, porque cuando dedicó mayor atención auditiva, no pudo oírlo. Desde luego, no descartaba la posibilidad de una jugada sucia por parte de Chio Tah Ngo, pero no le temía demasiado. A fin de cuentas, él tenía su pistola, y no era hombre fácil de engañar ni vencer…

Había transcurrido un minuto cuando las tres mujeres japonesas volvieron a la superficie. Aspiraron hondo varias veces y volvieron a sumergirse. El mar chocaba contra las rocas del acantilado desde lo alto del cual había arrojado Kolotov la caña con piedras y el microfilme aquella madrugada en que, después de esperar en vano a Oleg Istomin y haber matado al americano, Chio le dijo que no podía tenerlo en su casa, y le dijo que podía ocupar una cabaña que uno de sus hombres había abandonado semanas antes para trasladarse a su «ryokan». Se alzaban grandes nubes de espuma, de blanquísima agua pulverizada.

La caña tenía que estar allí. No había marea en aquel lugar, las aguas frías del fondo apenas debían tener movimiento de ninguna

clase. Y, desde luego, había hecho muy bien en no conservar el microfilme, lo que quizá habría inducido a Chio Tah Ngo a tener mucha menos paciencia con él.

Las «amas» regresaron de nuevo a la superficie, volvieron a aspirar varias veces muy profundamente, y de nuevo volvieron al fondo. Parecían sincronizadas, como si todas tuviesen prácticamente la misma capacidad pulmonar.

Cinco o seis veces más, las tres mujeres emergieron y volvieron a sumergirse. Y, por fin, Kolotov lanzó una exclamación de alegría al ver a dos de ellas volviendo a la superficie sosteniendo una gran sección de caña de bambú, que se apresuró a tomar y colocar en cubierta. Mientras las buceadoras regresaban a la lancha, el ruso contemplaba con el ceño fruncido la caña. Le pareció mayor que la que él había arrojado al mar, pero vio los dos extremos tapados con piedras, y encogió los hombros. Seguramente no recordaba bien el tamaño de la caña.

Las tres japonesas lo miraban, inexpresivas, y él asintió con la cabeza, sonriendo lo más amablemente que pudo. Luego sacó el rollo de billetes japoneses que días antes le había entregado Chio Tah Ngo, separó una pequeña parte que consideró necesaria para un par de días, hasta que pudiera disponer del dinero americano, y entregó el resto a las japonesas, que tras breve asombro se inclinaron repetidamente, murmurando sin cesar: «arigato, arigato»…

Sin esperar a más, Kolotov recuperó el anclote, puso el motor en marcha y partió a toda velocidad. Poco después, antes de llegar a Katsumoto, dirigió la lancha hacia la playa, y allá indicó por señas a las asombradas mujeres que debían desembarcar. Parecían no entenderle, pero el ruso insistió, finalmente con tanta expresividad que tuvieron que comprender sus deseos. Una de ellas saltó al agua, que le llegó a las rodillas, y lo miró interrogante. Kolotov asintió, y las otras dos se reunieron con su compañera y se dirigieron hacia la orilla. La caminata hasta Katsumoto iba a ser considerable, pero el extranjero debía tener sus motivos, y, si se tenía en cuenta lo bien que había pagado sus servicios, no valía la pena protestar.

Kolotov estuvo esperando no menos de cinco minutos, para asegurarse de que las «amas» estaban ya suficientemente lejos. El aire había vuelto a jugarle la mala pasada de llevarle el rumor de

un motor… que parecía no existir sobre el mar. La playa donde se había detenido no era muy grande, y a ambos lados, limitándola, había abundantes rocas, con pinos que parecían querer llegar hasta las azules y verdes aguas. Prestó toda su atención, pero no volvió a oír el motor, ni vio lancha alguna por allí.

Tranquilizado, decidió poner en práctica su plan: iría a entregar el microfilme a Chio Tah Ngo, tomaría los dos millones de dólares y le diría que iba a salir aquella tarde, en el vapor, hacia Fukuoka, para, desde allí, partir hacia Taipeh, en Formosa, desde donde partiría con rumbo desconocido, borrando toda pista tras de sí.

Tenía el presentimiento de que el vietnamita no iba a aceptar desprenderse tan fácilmente de dos millones de dólares, pero sabía que no intentaría nada en Iki, donde la muerte de otro blanco podría ocasionar investigaciones importantes. No… Lo dejaría marchar, y le diría a sus hombres de Fukuoka que esperasen el vapor, que lo matasen al llegar allá y recuperasen el dinero… Pero, mientras tanto, él estaría navegando con la lancha hacia Corea, territorio que conocía estupendamente hacía años. Y su punto de desaparición sería Corea, no Taipeh…, mientras en Fukuoka los esbirros de Chio lo esperaban en vano…

Perfecto.

Saltó por fin al agua, con la caña de bambú, y comenzó a tirar de la lancha hacia la playa. Consiguió llevarla varios metros tierra adentro, y luego arrancó matorrales, con los que la cubrió lo mejor que pudo, por popa y por proa, de modo que no podría ser vista ni desde el mar ni desde tierra adentro.

Luego se adentró entre los pinos y, por fin, encontró el lugar adecuado. Se sentó, golpeó la caña contra el suelo y las piedras de los extremos, metidas a presión, comenzaron a saltar… Pero no salieron más piedras, cosa extraña, pues él había llenado la caña, de eso sí estaba seguro. Miró su interior y quedó boquiabierto. Ya no había más piedras.

Pero sí vio un trozo de plástico, del cual comenzó a tirar. Segundos después estaba contemplando, atónito, absolutamente desconcertado, la bolsa de plástico llena de billetes americanos, que había estado en el interior de la caña de bambú.

—Pero… no es posible…

Su estupefacción era tan grande que casi no acertó a reaccionar

ni siquiera cuando oyó tras él la voz femenina, en inglés:

—Mi pistola le está apuntando a la nuca.

Petrificado un instante, Kolotov consiguió por fin reaccionar, volviendo la cabeza hacia donde había sonado la voz. Había palidecido, pero, además, de pronto, se estremeció al ver allí, efectivamente pistola en mano, a la mujer rubia…, que, según él, sólo podía ser Baby. Y él había estado presente cuando mataron a uno de los compañeros de aquella mujer…

Tragó saliva y fue a decir algo, pero ella movió ominosamente la pistola.

—Vuelva a mirar hacia el frente y mantenga las manos muy altas.

—¿Es usted… Baby?

La señora Hamilton entornó los verdes ojos.

—Usted es ruso —musitó.

—Sí… Sí, soy ruso. Pero puedo explicarle… lo que pasó.

—Estoy deseando saberlo —dijo ella, en ruso—. Pero antes quiero su pistola.

Gennadi Kolotov estaba pensando desesperadamente. Quizá consiguiese convencer a aquella mujer, pero si no lo conseguía, su vida no valdría un solo «kopec». Si ella no creía sus explicaciones, Kolotov sabía lo iba a matar, fríamente, sin la menor compasión. En la MVD existía este dato de alerta con respecto a Baby: ella era muy inteligente y razonable, pero JAMÁS había perdonado a nadie que hubiese tenido algo que ver con la muerte de un agente de la CIA. JAMÁS.

—Sí… —murmuró—. Sí, está bien…

Se volvió mansamente, alzando las manos. Su decisión, sin embargo, estaba tomada. Morir por morir, intentar algo, lo que fuese… Estaba oyendo perfectamente los pasos de ella sobre la pinocha. Pasos suaves y cautelosos. No se fiaría de él ni un instante, ni una fracción de segundo. Y si llegaba a quitarle la pistola, Kolotov sabía con toda seguridad que su carrera habría terminado…

—¡No! —gritó, volviéndose.

Lo hizo a toda velocidad, tirándose hacia un lado, sacando su pistola, apuntando hacia Baby…, y casi llegó a apretar el gatillo. Casi.

Pero el dedo ya no tuvo fuerzas después que la bala disparada

por la espía internacional dio en el centro de su frente, y lo empujó con seco chasquido, derribándolo cara al cielo, con los ojos abiertos. Su mano derecha permaneció un par de segundos agarrotada, sujetando con espantosa fuerza la pistola. Luego, de pronto, se relajó y el arma quedó sobre la tierra.

Tendida de lado sobre la pinocha, todavía con el brazo en alto tal como había quedado después del salto, la señora Hamilton permaneció inmóvil, un poco crispado el gesto. Por fin, se puso en pie, se acercó a Gennadi Kolotov y lo observó hoscamente. Luego recogió la bolsa de plástico, vio la gran cantidad de dinero americano y un gesto sombrío, desilusionado, apareció en sus ojos.

—¿Y todo por esto? —murmuró.

Cuando llegó al puerto de Katsumoto, Jiro Kawabata la estaba esperando. El japonés reparó inmediatamente en que la cintura de tan esbelta dama había engrosado no poco, pero se abstuvo de hacer comentarios al respecto. Y como había por allí docenas de pescadores japoneses, sonrió, haciéndole preguntas amables, que luego fue pasando, sonriendo a los curiosos…

—¿Qué les está usted diciendo? —sonrió también ella.

—Les digo que ha estado usted paseando, que ha visto los criaderos de ostras perlíferas, y que siente mucho que todas ellas hayan muerto.

—Pero yo no he estado allí.

—¿Y eso qué importa? —rió Kawabata.

—Está feo mentir —rió también la señora Hamilton.

—Bueno, pero a veces es disculpable. Dígame, ahora que todos están convencidos de que estamos hablando de cosas de la isla y del mugen no *kanashimi o himeta gumi*…, ¿dónde ha estado?

—He matado a nuestro hombre. Era ruso. Lo que las «amas» sacaron del fondo de la cala era una caña de bambú llena de dinero americano.

—¿Dinero? —se sorprendió Kawabata.

—Por lo menos, un millón de dólares… ¿No sería mejor que nos fuésemos hacia el «ryokan»? Tenemos que recoger nuestras cosas para marcharnos en el primer barco, de regreso a Fukuoka.

—Hay uno a las seis, me parece. Me enteraré. Espéreme un momento.

Kawabata estuvo hablando con varios japoneses y volvió junto a la espía internacional, que seguía sonriendo a todo el mundo.

—Sí, a las seis. Viene de regreso de Corea. Es un transbordador.

—Lo mismo da.

Reanudaron la marcha alejándose del puerto, hacia donde esperaban sus «batabata». Esta vez utilizaron solamente uno y, para cuando llegaron a la casa, la señora Hamilton había puesto a Kawabata al corriente de lo sucedido.

—Entonces…, parece que todo está claro… —murmuró el japonés—. Ese ruso tenía todo el dinero que usted le ha quitado, y Lester Hamilton lo siguió. Quizá lo vio cuando lo tiraba al agua, el ruso lo vio también, pelearon… y ganó el ruso. Hamilton cayó al agua, posiblemente aturdido por algún golpe, o quizá se lo dio al caer por el acantilado, y… se ahogó. Luego, su cadáver apareció en una playa… Tiene lógica, ¿verdad?

—Desde luego.

—Y el ruso prefirió esperar unos días antes de recuperar el dinero… Por cierto: ¿dónde está él? ¿Dónde lo ha dejado?

—Remolqué su lancha con la mía, mar adentro, y la hundí con el cadáver.

—Esperemos que ese cadáver no aparezca también en la playa.

—No creo. Le até un anclote a los pies. No subirá nunca a la superficie.

—Y pensarán que se ha ido con la lancha… Bueno, no ha tenido mucha suerte ese pobre ruso. En cuanto a usted, una vez más se ha salido con la suya.

La señora Hamilton se subió el vestido y comenzó a quitarse fajos de billetes de la cintura, que tiraba al suelo, ante sus pies, con indiferencia.

—Sí… —sonrió ingenuamente—. Una vez más me he salido con la mía. Y ahora, tranquilamente, nos marcharemos de Iki Shima.

Ya empezaba el sol a mostrar su tono rojo del ocaso cuando Tomiji entró en la estancia que daba al jardín, se plantó delante de Chio Tah Ngo, que estaba bebiendo plácidamente «Haku-Tsuru Sake» y, sonriendo, dijo:

—Sí, Chio. Se han marchado los dos en el transbordador.

—Así tenía que ser. ¿Qué explicación han dado a sus colaboradores en la búsqueda de esa persona que hubiera conocido

a Hamilton para marcharse tan de repente?

—Han dicho que la señora Hamilton se encontraba mal, que quizá el paseo en lancha de la mañana la había perjudicado, y que iban a Fukuoka a que la viese un médico; que volverán dentro de unos días, cuando se encuentre mejor. Y han dejado dinero y varias fotos del americano.

—Es una mujer lista, sí… —Chio paladeó un trago de vino de arroz—. Aceptablemente lista. Pero no demasiado. Naturalmente, ha matado a Kolotov y lleva el dinero. Cuando llegue a Fukuoka, la estarán esperando… y espero que esta vez no fallen los hombres que hemos avisado por la radio…

—Sólo quedaban dos, Chio —dijo Yoshito.

—Ellos habrán conseguido ayuda, eso no debe preocuparnos. Matarán a la mujer y al japonés, y si la CIA, como es de prever, interviene en Kukuoka o en Iki Shima por fin, nunca podrán sospechar de nosotros. Nadie sabe que hablamos con ella, el dinero lo tendré ya bien escondido, y los dos chinos se habrán marchado con el microfilme. Por cierto: tengo que avisarles por la radio para que vengan a recogerlo… de noche, claro, a hora conveniente. Mientras tanto, vamos a esperar que nuestros amigos de Fukuoka maten a la señora Hamilton y nos traigan su cabeza, conforme a lo acordado… Vamos a quedar cubiertos de oro, Tomiji.

—¿Nosotros también? —preguntó Takeo.

Chio Tah Ngo asintió, sonriendo untuosamente.

—Los cuatro, Takeo. Con cinco millones de dólares, la vida puede ser muy hermosa para más de uno. Podéis estar seguros de que quedaréis contentos de haber trabajado conmigo. Bien, voy a llamar a mis jefes chinos… Vosotros dos, Yoshito y Tomiji, id a Katsumoto y escuchad posibles comentarios sobre esa mujer y el ruso… Y cuando calculéis que los de Fukuoka están llegando al lugar convenido, id a esperarlos y traedlos aquí. Después del viaje por mar en una lancha, les sentará bien un poco de «sake» caliente.

Capítulo VIII

Durante la proyección del pequeño microfilme en la pantalla colocada a tal fin, solamente se oyó la voz de Chio Tah Ngo:

—Naturalmente, yo ignoro todo el significado de estas fórmulas químicas, pero, en definitiva, no me interesan, ni creo que a ustedes les interesen. Nosotros, simplemente, cumplimos nuestro cometido dentro del servicio secreto chino, y es de esperar que en Pekín habrá personal capacitado para conseguir descifrar toda esta fórmula complicada y larga. Solamente les ruego que me digan si consideran que he hecho bien en pagar dos millones de dólares por ella.

—En Pekín dirán si esa fórmula los vale o no, Chio —se oyó entonces la voz de Ho Min—. De todos modos, quedamos en que ese dinero sería recuperado, y el ruso eliminado.

—Les garantizo que el ruso está eliminado… —rió quedamente Chio—. En cuanto al dinero, ya debería estar aquí, pero, como ustedes saben por propia experiencia, un viaje por mar puede sufrir un ligero retraso. Takeo, enciende la luz.

Hasta entonces solamente había habido la luz del foco de proyección y afuera, en el jardín, la de la luna. Pero al ser encendida la de la sala, las demás luces perdieron toda su intensidad.

Chio apagó el proyector, recuperó cuidadosamente el microfilme, lo colocó dentro de la cápsula metálica, que cerró no menos cuidadosamente, y la puso en manos de Tin Chei.

—¿Más «sake»? —propuso.

—Sí, gracias.

—Espero que acepten una botella —sonrió melosamente—. Para el viaje. Takeo, más «sake».

—No pensamos emprender el viaje hasta que tengamos de nuevo el dinero, Chio.

—Bueno, ya les digo que es cosa de esperar unos pocos minutos más. Y mientras esperamos, es grato beber vino y conversar sobre los excelentes proyectos. Si tenemos en cuenta lo sucedido en el Mar del Japón, considerando que posiblemente el agua haya atenuado no poco los efectos del «Bitchi», lo que va a suceder en Vietnam, entre las tropas americanas y sudvietnamitas, convencerá a unos y a otros de que deben abandonar la zona de combate. Y los americanos, por supuesto, volverán a sus casas… los que queden, claro. A propósito, yo sé poco ruso… ¿Qué significa en este idioma la palabra «Bitchi»?

—Carne picada —murmuró Ho Min.

—¿Carne picada?

—Más o menos, viene a ser lo que los americanos llaman «hamburguesa» —añadió de mala gana Tin Chei.

—Entiendo… Bueno, eso nos da una idea del poder de ese gas, ¿no es cierto? Sugiere que…, Sí, exactamente eso: sugiere que la carne queda picada, como… machacada. Supongo que una vez hayas sido fabricado en los laboratorios de China, será inmediatamente lanzado sobre Vietnam del Sur… ¿Cómo piensan hacer esto?

—Eso no es cuenta nuestra, Chio.

—En cierto modo, sí. En definitiva, aunque yo esté pasando aquí por sudvietnamita, ustedes saben muy bien que soy del Norte, no del Sur. Lógicamente, deseo que sea Vietnam del Norte quien gane de una vez esta larga guerra estúpida… Y, por supuesto, ése es uno de los motivos por los que les he ayudado, por los que estoy trabajando hace años para el servicio secreto chino. Creo haberlo hecho bastante bien, Tin Chei.

—No hay queja alguna de usted. Al contrario, Chio. Y con la consecuencia de esta fórmula, no dudamos que su nombre sonará rodeado de elogios en Pekín. Naturalmente, se le propondrá para puestos de mayor importancia.

—No espero menos de Pekín. Mientras tanto, no creo que haya mal alguno en que hablemos del lanzamiento del «Bitchi» en ciertas zonas de Vietnam del Sur. La jugada, ciertamente, es astuta. Me imagino que la CIA debe tener algunos conocimientos de la existencia de ese gas en poder de los rusos, de tal modo que, cuando lo experimenten en sus propias carnes, sabrán muy bien a qué

atenerse.

—Existen ciertos tratados internacionales de prohibición de armas bacteriológicas.

—Lo sé muy bien. Y eso es lo que convierte la jugada en genial, precisamente. Estados Unidos creerá que la ayuda rusa a Vietnam del Norte ha llegado a extremos… intolerables, facilitándoles ese gas. Morirán sudvietnamitas y norteamericanos a miles, quedarán… con la carne picada. Pero, cualquier responsabilidad internacional será referida a Rusia, no a China. Sí…, supongo que los americanos serán presionados por todo el país para que se vayan de una vez. Vietnam del Norte ganará la guerra… y, claro, China tendrá no pocos beneficios de ello. Es muy poco probable que después del pánico que ocasionará en Vietnam del Sur el lanzamiento del «Bitchi», siga allí la guerra, la resistencia… Todo habrá terminado. No parecen muy felices.

—Profesionalmente, lo estamos —murmuró Ho Min—. Pero, en lo personal, tanto Tin Chei como yo consideramos que el lanzamiento de este gas va a ser una masacre horrible, Chio. Usted parece no entender esto.

—Lo entiendo perfectamente… —sonrió Chio—. Pero no es cosa que me preocupe. Al fin y al cabo, yo no voy a estar allí cuando este gas sea lanzado.

Los dos espías chinos se quedaron mirando inexpresivamente al vietnamita. Pero era una inexpresividad engañosa, porque en el fondo de sus negrísimos ojos, Chio creyó vislumbrar un destello frío y, en cierto modo, de invencible repugnancia.

—Nosotros tampoco estaremos —musitó Ho Min—, pero, francamente, la idea no es de nuestro agrado.

—¿Preferirían estar allí? —rió Chio.

—Preferiríamos que el gas «Bitchi» no fuese utilizado.

—¿Están bromeando? —se pasmó Chio—. ¡Vamos…! China ha invertido en esto dos millones de dólares, y, aunque los van a recuperar, no creo que les importase lo contrario. Lo que sí les importa es el «Bitchi», ese gas bacteriológico que culpará exclusivamente a los rusos. Y mientras rusos, americanos, y el resto del mundo discuten, Vietnam del Norte invadirá Vietnam del Sur, y China no será ajena, después, a los destinos de ambos. Sin duda: ustedes están bromeando.

—Chio: usted ha hecho su trabajo, y nosotros el nuestro al recoger este microfilme. Está bien. Pero no nos pida que, encima, nos riamos.

—No les comprendo, de veras.

—Ya nos hemos dado cuenta.

—Bien… Tanto da. Lo importante de un trabajo es hacerlo, caiga quien caiga. Yo he hecho el mío, eso es todo. ¿Está bastante caliente el vino?

Los dos chinos asintieron, sombríamente. Chio Tah Ngo los miraba en verdad desconcertado. No acababa de entenderlos muy bien. ¿Qué demonios querían? Tenían un gas ruso llamado «carne picada» que iba a triturar a miles de soldados americanos y sudvietnamitas, sin el menor riesgo, puesto que Rusia, creadora del «Bitchi», sería acusada internacionalmente de ello, recalcándose que el lanzamiento del terrible gas se debía a cualquier jugada retorcida de Moscú. Pero, fuese como fuese, China iba a salir beneficiada. ¿Qué más querían aquel par de cretinos?

—Otra cosa que contribuirá a esa creencia…

—¿Qué creencia? —cortó Ho Min.

—La de que Rusia no será ajena al lanzamiento del «Bitchi». Decía que otra cosa que contribuirá a esa creencia, será el gran movimiento de agentes de la MVD en Tokio todos estos días. La CIA se apresurará a gritar que los soviéticos estaban tramando eso desde tiempo atrás. Desde luego no es sorprendente que la MVD haya desplazado a Tokio más de doscientos agentes, a la búsqueda de Oleg Istomin y Gennadi Kolotov.

—Los rusos ya han comprendido que el gas «Bitchi» ha hecho explosión en el Mar del Japón, Chio. Y tienen que estar convencidos de que sus dos traidores han muerto, quedando destruida la fórmula. De otro modo, no habrían abandonado ya Tokio.

—Ah… ¿Lo han hecho?

—Sí. En estos momentos suponemos que solamente quedan allí los de siempre, la dotación residente.

—Entiendo. Bueno, tanto mejor. La cosa podría ser enfocada desde un punto de vista muy curioso.

—¿Qué punto de vista?

—Pues que todos esos agentes rusos estaban relacionados con el lanzamiento de una partida de gas «Bitchi» en el Mar del Japón,

como… como prueba, antes de lanzarlo contra los americanos.

De nuevo los dos chinos se quedaron mirando fijamente a Chio, que sonrió y se sirvió más «sake». Se sentía eufórico, triunfador, invencible.

—Hay otro punto interesante que convendría dejar bien claro… —dijo Chio, tras beber golosamente—. Es respecto a los cinco millones de dólares. Naturalmente, los quiero en efectivo. En moneda americana, además.

—Ya nos habló antes de esa cantidad. ¿Entendemos que China debe pagarle cinco millones dé dólares?

—Ese es el precio, ¿no?

—El precio… ¿de qué?

—El precio que tienen puesto a la cabeza de la agente Baby de la CIA.

El color amarillo terroso se aclaró en los rostros de los dos chinos.

—¿Qué está tratando de decir? —casi gritó Ho Min.

—Estoy diciendo con toda claridad que cuando ustedes regresen a China, no sólo llevarán la fórmula del «Bitchi», sino la cabeza de Baby también.

—¿Está interviniendo ella en esto?

—HA INTERVENIDO —aclaró escrupulosamente Chio—. En estos momentos, su cabeza ha sido cortada y… ya debería estar aquí.

—Ya comprendo. Y dígame: ¿quién le ha cortado la cabeza a esa mujer?

—Mis hombres.

—¿Usted ha visto ya esa cabeza cortada?

—No, pero ya no pueden tardar en… ¿Qué hacen?

Ho Min y Tin Chei se habían puesto rápidamente en pie, y se dirigían ya hacia el jardín. Se volvieron al oír la pregunta de Chio, y Tin Chei esbozó una sonrisilla mordaz.

—Nos vamos. Tenemos el microfilme y consideramos que es suficiente. Nos enviaron aquí a conseguir el microfilme y nada más. Ya lo tenemos, así que… adiós, Chio.

—No les comprendo… ¿Qué les pasa?

—Solamente que queremos marcharnos ahora mismo de Iki Shima.

—Pero eso es absurdo. Dentro de poco…

—¿Usted ha luchado alguna vez contra un tifón?

—¡Claro que no! Sería una completa idiotez hacer semejante cosa.

—Lo mismo pensamos nosotros. Así que nos vamos antes de que llegue el tifón. Y nos estamos refiriendo a la agente Baby, naturalmente.

—La están supervalorando —gruñó Chio—. Le tendí una sencilla trampa con vulgar dinero, y ella hizo exactamente todo lo que yo había calculado que haría. Mató a Kolotov, se fue con el dinero convencida de que el asunto era simplemente de dinero, y, en estos momentos, su cabeza…

—Nosotros nos vamos ahora mismo con la lancha. Si mientras tanto, recibe usted efectivamente su cabeza, llámenos por la radio y volveremos a buscarla. Por Buda… Chio, usted es un necio. Estamos hablando de una mujer que lleva alrededor de diez o doce años venciendo en asuntos a cuál más poderoso y complicado…, y usted nos dice que la ha engañado fácilmente. ¿No comprende que no es posible? Sea lógico. ¿Realmente piensa que una mujer como esa va a creerse que todo lo que ha motivado el desplazamiento de doscientos agentes de la MVD a Tokio han sido dos cochinos millones de dólares?

—¿Qué otra cosa habría de creer, si tiene el dinero?

—No sé lo que creerá, pero, desde luego, no que doscientos rusos han llegado a Tokio como locos buscando dos millones de dólares.

—Entonces… ¿Creen que no la he engañado?

—¡Claro que no!

—Bien… —sonrió Chio—. Entonces, ¿por qué se fue con el dinero, tan convencida?

—¡Y yo qué sé! Pero si ella ha intervenido en esto, usted está listo, Chio. Naturalmente, no sé lo que pueda haber pensado esa mujer…

—Yo sí lo sé —dijo una voz en la puerta-ventana que daba al jardín, y que se hallaba abierta.

Ho Min y Tin Chei se volvieron hacia allá, rígidos, de nuevo demudados. Chio Tah Ngo quedó petrificado, fijos sus desorbitados ojos en la señora Hamilton, que sostenía en alto, con fría serenidad,

su pistolita… Takeo fue el menos inteligente de todos: lanzó una exclamación de rabia y de incredulidad, y llevó la mano en busca de la pistola…

Plof.

Takeo recibió el balazo en pleno corazón, saltó hacia atrás, resbaló por el pulido piso de madera y fue a dar con la cabeza contra la pared de la puerta, quedando allí, con el cuello grotescamente retorcido… Y cuando los tres hombres, después de mirar como absortos el cadáver de Takeo, alzaron la cabeza, vieron en la puerta a Jiro Kawabata, pistola en mano.

Los dos chinos y el vietnamita miraron entonces de nuevo a la señora Hamilton, que avanzó un par de pasos hacia Tin Chei, tendiendo su manita izquierda. Tin Chei no precisó demasiadas aclaraciones. Sacó la cápsula que contenía el microfilme con la fórmula del «Bitchi» y la depositó en la palma de aquella manita.

—Muchas gracias, colega —sonrió la señora Hamilton—. Es usted inteligente y perspicaz.

—¿Lo ha estado escuchando todo? —murmuró Ho Min.

—En efecto. Me acerqué a la casa justamente cuando la luz se apagó. Desde el jardín pude presenciar la proyección de la fórmula y, posteriormente, claro, escuché todo lo que han estado hablando. ¿Llevan armas?

—Sí.

—Sáquenlas con los dedos y deslícenlas por el piso hacia mi amigo. Con gran cuidado, colegas.

Los dos chinos obedecieron con toda fidelidad las suaves indicaciones de la señora Hamilton, quien luego les indicó que fuesen a sentarse en un rincón, en el suelo, y ambos de cara a la pared, con las manos encima de la cabeza.

Conseguido esto, Baby fue a sentarse ante Chio Tah Ngo, al otro lado de la mesita. Jiro Kawabata, que se había hecho cargo de las pistolas de Tin Chei y Ho Min, no le perdía de vista ni una fracción de segundo, pero la señora Hamilton lo llamó con cariñoso acento:

—Venga, Jiro. Después del frío que hemos pasado en esa lancha navegando hacia Iki, un poco de «sake» caliente no nos hará daño.

El japonés vaciló, pero acabó obedeciendo. Baby dejó su pistolita sobre la mesa, prácticamente al alcance de la mano de Chio Tah Ngo, que miró el arma, tragó saliva, y cuando alzó la mirada

hacia Nora Hamilton, se estremeció, al ver fijos en él, helados, perversos, aquellos ojos verdes, de felino, al mismo tiempo que la más hipócrita sonrisa del mundo aparecía en aquellos dulces labios sonrosados.

—Me parece, señor Tah, que usted ya ha bebido bastante por hoy… ¿No está de acuerdo?

—¿Cómo es posible que esté usted aquí? —preguntó abruptamente el vietnamita.

—Se lo diré… ¿Por qué no? Mire, señor Tah, una cosa es parecer tonto, y otra cosa es serlo. Nuestros dos colegas tenían razón: ningún espía medianamente curtido en nuestra profesión podría haber creído nunca que la MVD enviase a Tokio doscientos hombres en busca de dos millones de dólares. Eso es ridículo. Así que comprendí que Lester Hamilton llegó a Iki en busca de algo que le pareció mucho más interesante.

—Ese americano no sabía nada de nada.

—Entonces, ¿por qué lo mataron?

—Apareció en un momento inoportuno. En realdad, lo queríamos vivo, pero…

—Pero lo mataron —cortó fríamente la señora Hamilton—. ¿Quién lo hizo exactamente? ¿Usted?

—Él murió ahogado…

—Lo ahogaron. ¿Fue usted?

—Fueron mis hombres. Takeo —lo señaló—, Yoshito y Tomiji. Él había matado de un golpe a uno de los nuestros… Pelearon en el agua con él y se ahogó.

—¿Quiénes son Yoshito y Tomiji? ¿Los que estaban esperando a los hombres que llegaran desde Fukuoka en la lancha…, después de matarnos al señor Kawabata y a mí?

—¿Cómo sabe eso? —respingó Chio.

—Porque nos estaban esperando en el muelle de Fukuoka. Lo hicieron tan mal, que no tuvimos más remedio que darnos cuenta. Así que los dejamos acercarse, matamos a dos de ellos cuando nos atacaran y atrapamos vivos a dos. Uno murió por el camino, así que lo tiramos al mar. El otro no tuvo… inconveniente en decirnos que los estaban esperando en tal y cual lugar, fuimos allá y cuando aparecieron dos japoneses, los maté. Y como los reconocí y además ya sospechaba su astuto plan, vinimos hacia aquí… Pero, como ve,

señor Tah, mi cabeza sigue sobre mis hombros. ¿Cómo se llamaba el ruso?

—Gennadi Kolotov.

—Me pareció no oír bien antes. Y el otro, el que traía el «Bitchi» en la lancha, se llamaba Oleg Istomin, ¿no es cierto?

—Sí. Sí, es cierto. ¿Realmente es usted Baby?

—Sí. Debió hacer caso de los muy buenos consejos de sus amigos chinos, señor Tah. Como comprenderá, cuando una cabeza valorada en cinco millones de dólares sigue estando sobre sus propios hombros, por algo será. Si fuese tan fácil, hace ya tiempo que mi cabeza estaría en un frasco de alcohol, en el Directorio de la MVD, como trofeo y ejemplo. O quizás en Pekín. Usted, comparado con muchos de los enemigos que he tenido, no es más que un desdichado, un pobre cretino.

Chio dirigió una mirada a la pistolita que Baby había dejado sobre la mesa, pero no se atrevió a moverse. Ella le miraba con despectiva indiferencia. Abrió su maletín, sacó un tarro de crema facial y, ante la atónita mirada de Chio, hizo girar la base, separándola, dejando al descubierto varias pequeñas ampollas de cristal. Separó una, lo dejó todo tal como había estado, y volvió a mirar a Chio, mientras alzaba su taza y bebía un sorbito de «sake».

Luego, como si no hubiese dejado de hablar, continuó:

—Pero, además de cretino, es malvado, señor Tah. Mire a nuestros colegas: no estaban contentos con lo que habría ocurrido si el «Bitchi» hubiese llegado a Pekín. No les gustaba. Pero a usted le tenía sin cuidado. ¿También le tiene sin cuidado su propia vida, señor Tah?

El vietnamita no podía hablar. Se pasó la lengua por los labios, y eso fue todo. A cada instante que pasaba, iba viendo con más y más claridad aquella expresión perversa en los verdes ojos que, al mismo tiempo, parecían ir enfriándose. Se sentía agarrotado, porque adivinaba que el final sólo podía ser uno…

—Me parece que está usted comprendiendo —asintió la divina espía—. Bien, ¿cómo prefiere usted que lo mate? ¿De frente o de espaldas?

—No… no puede… matarme así… —pudo jadear Chio.

Una sonrisa felina apareció en el bello rostro de la rubia señora Hamilton. Con toda tranquilidad, tomó la pistolita, apuntó

brevísimamente a la frente de Chio Tah Ngo, y apretó el gatillo.

Plof.

Los dos chinos se estremecieron al oír el disparo apagado, tan suave. Y de nuevo se estremecieron cuando Chio cayó, de espaldas, resonando su cuerpo contra el piso de tablas. Pero se guardaron muy bien de volver la cabeza.

Y volvieron a estremecerse cuando oyeron la voz de aquella mujer:

—Cuando ustedes despierten, yo estaré ya lejos de Iki Shima. Y no olviden nunca esto: podrán despertar porque sus palabras son la que yo espero oír en cualquier espía. Lo que les oí decir, les ha salvado la vida. ¿Usted no quiere «sake», Jiro?

Kawabata movió negativamente la cabeza, tragando saliva. Su mirada quedó fija en la superespía internacional, que, al parecer, estaba celebrando con vino japonés haber salvado miles de vidas de norteamericanos y sudvietnamitas; miles de hombres que habrían perecido horriblemente bajo los efectos del «Bitchi».

La señora Hamilton bebió un sorbo de vino caliente, aprobó con la cabeza y se puso en pie. Sus deditos tomaron con exquisito cuidado la pequeña ampolla de cristal. Con la barbilla señaló hacia el jardín. Kawabata fue hacia allí, ella le siguió y, desde el umbral, lanzó la ampolla hacia los dos chinos, apartándose rápidamente.

—Bien… —suspiró—. No tendremos más remedio que cruzar otra vez el mar de la infinita tristeza, Jiro. No se olvide de repartir esos dos millones de dólares del mejor modo posible entre los pescadores afectados.

—No es fácil olvidarse de dos millones de dólares.

—En efecto. Y sé que es bien poco, pero… esperemos que sirvan de algo mientras la vida va volviendo al mar. Llegarán peces de otros mares, y dentro de algún tiempo, ya no existirá el *mugen no kanashimi o himeta gumi*… ¡Vaya…! ¡Ya sé más palabras en japonés! ¿Qué le parece?

—Estupendo… Estupendo, señora Hamilton.

—¿Verdad que sí? Volvamos a Tokio. Todavía tengo algo que hacer allí.

Este es el final

Grigori Shivenko paladeó con agrado el vodka que acababa de pedir en el «Samurai Club» de Tokio, y luego suspiró. Las cosas habían estado mal en Tokio durante aquellos días. Muy mal. Francamente mal. Pero por fortuna, todo había terminado: la superioridad había decidido que Oleg Istomin y Gennadi Kolotov, los malditos traidores, habían muerto en el Mar del Japón, llevándose el microfilme al fondo y, por supuesto, perdiendo el «Bitchi», que ya no podría ir a parar a manos extrañas… Todos los camaradas llegados a Tokio para buscar a Istomin y Kolotov se habían marchado ya, las cosas estaban de nuevo como antes, todo tranquilo. Lo tranquilo que puede estar el mundo del espionaje, claro…

—Hola… ¿Qué tal, chico?

Shivenko volvió la cabeza, frunciendo el ceño un tanto irritado, francamente. Desde luego no se sentía de humor para darle palique a ninguna de aquellas muchachas que, en definitiva, lo único que buscaban eran unos cuantos billetes.

Pero se quedó estupefacto al ver a la muchacha que le sonreía maliciosamente, recién sentada junto a él en uno de los taburetes de la barra. Era rubia, tenía los ojos verdes, y era la más hermosa encantadora criatura que el agente de la MVD había visto en toda su vida.

—Pues… muy bien… —tuvo que sonreír—. ¿Y tú?

—Espléndidamente, querido. Oye: tienes acento ruso. ¿Eres ruso?

—Quizá —sonrió Shivenko.

—Yo soy rusa… —comenzó a hablar ella en este idioma, dejando de nuevo estupefacto al agente soviético—. Me llamo Galina. ¿Y tú?

—Grigori —se encontró Shivenko dando su verdadero nombre.

—Oh, es formidable… ¡Un ruso! ¿Me invitas a un trago?

—Sí… Sí, desde luego. ¿Qué quieres tomar?

—Champaña con una guinda. Desde luego, champaña francés. ¿Puedes pagarlo?

—Me parece que sí —sonrió de nuevo el atónito Shivenko—. Pero quizá la guinda resulte muy cara.

Se echaron a reír los dos. Shivenko hizo una seña al camarero, le pidió la copa de champaña con guinda y el japonés se alejó impávido. Cuando regresó con el pedido, Galina y Grigori estaban riendo alegremente, como dos grandes amigos. Ella emitió un gritito de alegría al ver la copa, bebió un sorbito y entornó los ojos graciosamente.

—«¡Ah, mon amour…!» —exclamó en francés—. ¡Esto sí que es bueno! ¿No te gusta el champaña, Grigori?

—Lo bebo en ocasiones.

—¿En grandes ocasiones?

—Generalmente, sí.

—Pues, querido camarada, éste es un buen momento para que bebas champaña. Y del mejor, para celebrarlo.

—Para celebrar… ¿qué cosa?

—Vas a convertirte en el agente de la MVD más famoso del mundo.

Grigori Shivenko quedó inmóvil. Sus facciones se crisparon un instante, sus ojos se entornaron.

—¿Es una broma? —murmuró.

—¿No eres agente de la MVD?

—No digas tonterías.

—Ah, entonces, mis amigos se han equivocado. Llegué aquí, los llamé por mi radio y les dije que quería que me señalasen a un agente ruso, a ser posible el más despierto e inteligente de ellos. Y has sido tú el señalado. Pero, si no eres de la MVD, claro, no voy a poder entregarte el microfilme.

—¿Qué microfilme?

—El que contiene la fórmula que robaron tus camaradas Oleg Istomin y Gennadi Kolotov. La fórmula del «Bitchi», ya sabes.

Shivenko estaba pálido como un muerto. De un trago terminó su vaso de vodka, tuvo que aclararse la voz y preguntó:

—¿Qué sabes tú de eso?

—¿Quieres el microfilme o no? Es mejor que lo tengáis los rusos, ya que, al fin y al cabo, debéis tener copias de sobra. Naturalmente, yo también he obtenido una copia, pero creo que permanecerá siempre en mi archivo personal supersecreto. Es un asco esto de los traidores, ¿verdad?

—¿Quién eres tú? —jadeó Shivenko—. ¿De dónde de has sacado esa información, qué…?

—Grigori, vamos a terminar nuestra conversación. Hemos charlado, me pareces un buen muchacho, he tomado mi copa de champaña. Fin. Ahora toma esto, llévalo a Moscú y diles que… No, mejor no digas nada. Ya lo digo yo en mi nota.

—¿Qué nota?

Tardó unos segundos en reaccionar, para tomar lo que le tendía Galina. Era un simple sobre, que contenía algo pequeño, ovalado, duro. Lo abrió y vio en su interior la cápsula metálica que debía contener un microfilme y, al mismo tiempo, vio la nota escrita a mano. La sacó y leyó:

> *«Camaradas espías de la MVD:*
>
> *»Con la presente, tengo el gusto de adjuntarles el microfilme que contiene la fórmula de la carne picada. Guárdenla de modo que nunca más puedan perderla, o, mejor destrúyanla completamente. Supongo, desde luego que no van a hacerme caso, como tampoco me lo hacen en la CIA a este respecto. Todo lo que se me ocurre es decirles, a unos y a otros: ¿por qué no tiran unas cuantas bombitas de esas que tienen guardadas, y terminan de una vez?*
>
> *»Un saludo va con esta regañina desde el mar de la infinita tristeza.*
>
> *»Atentamente,*
>
> *»BABY»*

Grigori Shivenko se sentía frío como un muerto. Pero, al mismo tiempo, se dio cuenta de que en su frente habían brotado unas gotitas de sudor, que se deslizaban ya hacia las sienes. Alzó la mirada y respingó al no ver ya allí a la mujer que había conseguido lo que no habían conseguido en varios días doscientos agentes juntos de la MVD. Miró a su alrededor y respingó al verla en la

puerta, mirándole a él, fijamente. Ella alzó la manita en gesto de despedida y Shivenko, que se dispuso a correr hacia ella, quedó como clavado al taburete al ver a los dos hombres altos y rubios que, con la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta, lo contemplaban con ceñuda fijeza. Allá estaba la CIA, naturalmente.

Así que Grigori Shivenko devolvió el saludo a Baby, se volvió hacia el camarero japonés que lo contemplaba impasible y dijo roncamente:

—Otro vodka… Pero que sea doble.

FIN